

ZAPATERO A TUS ZAPATOS.

NOTICE OF THE BOARD OF SUPERVISORS

of the County of Santa Clara,
California.

That the Board of Supervisors of the County of Santa Clara, California, do hereby certify that the following is a true and correct copy of the original of the same as the same appears on the files of the Board of Supervisors of the County of Santa Clara, California:

RESOLUTION NO. 1000

APPROVED AND PASSED AT A REGULAR MEETING OF THE BOARD OF SUPERVISORS OF THE COUNTY OF SANTA CLARA, CALIFORNIA, HELD AT THE COURT HOUSE, SANTA CLARA, CALIFORNIA, THIS 10TH DAY OF MARCH, 1914.

W. H. HARRIS, Chairman

WITNESSED AND CERTIFIED TO at the City and County of Santa Clara, California, this 10th day of March, 1914.

W. H. HARRIS, Chairman

ZAPATERO A TUS ZAPATOS.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

EN PROSA, ORIGINAL

DE

FRANCISCO VARGAS MACHUCA.

ESTRENADA EN EL TEATRO DE NOVEDADES EN LA NOCHE DEL 25
DE MARZO DE 1865.

MADRID.

IMPRENTA DE P. GRACIA Y ORGA, BIOMBO, 4.

1865.

PERSONAJES.

ACTORES.

DOÑA RAIMUNDA.....	DOÑA CONCEPCION SAMPELAYO.
ISABEL.....	DOÑA AMALIA RASO.
DOÑA TADEA.....	DOÑA MANUELA MARTIN.
DANIEL.....	DON JOSÉ FIDEL LOPEZ.
DON CRÍSPULO.....	DON RAFAEL JOVER.
PABLO.....	DON JOSÉ BANOVIO.
DON ENRIQUE SELVA....	DON N. N.

FROILAN.—CURRITO.—PRIETO.—TIBURCIO.—GON-
ZALEZ.—LUIS.—RICARDO.—EL COJO.—MANUEL.—
BENAVIDES.—JUANILLO.—RAFAELA.—ROSARIO.

Oficiales de sastre, Músicos, Ciegos y Costureras.

La escena en Madrid, en casa de D. Crispulo, año de 1860.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países en que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria lirico-dramática titulada LA LIRA son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos en todos los puntos.

Las oficinas de la direccion de LA LIRA se hallan establecidas en Madrid, calle del Arenal, núm. 15, entresuelo.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Crispulo:—puertas laterales.—La de la derecha dá á un taller de sastre.—La de la izquierda, á las habitaciones interiores.—Al fondo puerta que guía á la calle. En medio de esta sala, una mesa grande de sastre, de cortar ropa, donde habrá esparcidos cepillos, tijeras, vara de medir, y varias otras herramientas propias del oficio.

ESCENA PRIMERA.

DON CRISPULO, durmiendo en una butaca: PABLO limpiando con un plumero el polvo á los muebles.

PABLO. ¡Nunca hay lugar en esta casa para nada: los Domingos y solo los Domingos, puede uno quitar el polvo á los muebles. Ya se vé, toda la semana cortando levitas, pantalones y capas, mi amo el señor maestro, no le permite á uno cumplir con su deber: en fin, tengamos paciencia que no es poca virtud tener paciencia á mis setenta años de edad. ¡Maldita costumbre la de los sastres y zapateros, que alargan las semanas, convirtiendo los Lunes en Domingos. Yá! yá! A que mañana no viene ninguno de esos bribones del taller á trabajar, ni á mi amo se le ocurre cojer, ni aun por ca-

sualidad, las tijeras en la mano! y eso, que unas tijeras de sastre bien manejadas... son una mina lo mismo en Lunes, que en cualquier otro día de la semana... ¡Yo lo creo! ¿Con qué ha hecho mi amo el señor maestro ese capital para comprar dos casas en Madrid, mas que con las tijeras?... Un artista,—como ahora se llaman los sastres, puede llegar á ser un potentado, si tiene habilidad para hacer con el paño de una capa, capa y media... Y yó, á mis setenta años de edad, erre que erre: empeñado toda mi vida en no sér otra cosa que criado. Dos años fuí pinche del cocinero de la fragata *La Real Trinidad*.—A los veinte años, era soldado de Artillería de Marina; y como S. M. el rey D. Fernando VII, (que en paz descanse) me concedió el uso de uniforme, por eso no dejo de usar mi gorra de cuartel, ni mis pantalones con vivos encarnados, ni mi chaqueta con botones de *áncora*, ni mi largo vigote, aunque ya está blanco: y al cumplir los treinta años, entré de criado en esta casa cuando el amo se casó con doña Raimunda. ¡Y cuánto ha progresado desde entonces!... ¡Así duerme y ronca como un canónigo de catedral!... pero al fin, *el que á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija*. Eso sí, conmigo se portau como si fueran unos caballeros, y mejor que algunos señorones que pasan por tales, y tratan á sus criados como si fueran esclavos. Y yo no estoy por eso; porque ahora, la *Constitucion* de la monarquía española, nos iguala á todos ante la ley. (*Ronca D. Crispulo estrepitosamente.*) ¡Buena música! ... (*Cantan los oficiales de sastre á coro dentro del taller.*)

OFICIALES.

Ay ay ay que no valen
para la guerra,
los moritos que pierden
hasta sus tiendas,

PABLO. ¡Diablo!... pues van á despertar al amo. (*Se acerca á la puerta del taller.*) ¡Silencio! que el señor maestro duerme.

ESCENA II.

PABLO.—RICARDO.—BENAVIDES.—EL COJO.—MANUEL á la puerta del taller.

EL COJO. ¿Con qué duerme?... pues que duerma en paz...
RICAR. Y á pierna suelta...
PABLO. ¿Es que os sublevais?
MANUEL. Sí señor, nos pronunciamos.
EL COJO. Sí, señor, queremos jarana.
PABLO. Mira Cojo que te rompo la otra pata. (*Lerantando en alto el plumero en ademan de pegarle.*)
EL COJO. A mí... (*Pablo retrocede porque le amenaza con la muleta.*)
PABLO. ¡Tunante!... ¿y te atreves?
EL COJO. ¿Pues no he de atreverme?... Prueba á darme con el plumero...
BENAVID. Vamos, haya paz.
MANUEL. Dejados: ó haya guerra.
EL COJO. Chicos, la señora maestra. (*Vánse al taller: despierta D. Crispulo.*)

ESCENA III.

DOÑA RAIMUNDA.—DON CRISPULO.—PABLO.

RAIMUN. ¿Qué ruido es ese?
CRISP. ¿Pero qué algazara?...
PABLO. Esos cáfres que se han puesto á cantar, y porque les dije que callaran, se me han revelado...
RAIMUN. ¡Son el mismo demonio! ¿Has concluido de limpiar?
PABLO. Sí, señora.

- CRISP. ¿Y no ha venido aun Daniel?
- PABLO. No señor.
- CRISP. (*Sacando el reló.*) ..Pues ya son las dos y media de la tarde: esos comerciantes son avaros como ellos solos. Ni aun los Domingos permiten al muchacho que salga á dar una vuelta antes de las tres.
- RAIMUN. Sí, y todo no es mas que por vender una vara mas de percal: sin embargo, nadie mas que tú tiene la culpa de que nuestro hijo Daniel esté hecho un esclavo.
- CRISP. ¿Por qué mujer?... ¡Dale! ¡Siempre con la misma manía!...
- RAIMUN. ¡Siempre con la misma manía!... Y tengo razon. Déjanos solos, Pablo.
- PABLO. Está bien. (*Aparte.*) ¡Otra camorra!... *Bien vengas mal, si vienes solo... (váse.)*

ESCENA IV.

DOÑA RAIMUNDA.—DON CRISPULO.

- RAIMUN. Tú tienes la culpa, porque te has empeñado en que nuestro hijo ha de ser *hortera*, contra mi voluntad, y contra la suya.
- CRISP. Pues eso es muy sencillo: hazlo Obispo.
- RAIMUN. Eso es, Obispo... ¿Y no podia haber emprendido otra carrera?
- CRISP. No, señora: Daniel no puede ser otra cosa que Comerciante.
- RAIMUN. Sí, Comerciante, midiendo todo el dia varas de percal, y cargando de aquí para allí, con fardos como un gallego...
- CRISP. Por algo se empieza: déjalo que se instruya en esas mecánicas, y despues le pondremos un comercio; y será *principal* y no *hortera*. Todavía no tiene mas que veinte y cuatro años, y...

- RAIMUN. No me conformo: Daniel debía emprender otra senda distinta, porque revela tener mucho talento.
- CRISP. Tu no le conoces como yo: él no ha querido aprender el arte de sastré, con el que yo he hecho una fortuna: él fué un desaplicado cuando le dediqué á los estudios de la gramática, la filosofía y el francés. Tampoco le agradó el dibujo ni la música, ni nada: ¿qué habíamos de hacer con él?...
- RAIMUN. Haberlo hecho Empleado.
- CRISP. ¡Empleado!...
- RAIMUN. Sí señor, empleado: ¿qué tiene eso de particular? Ya lo has visto, y sin ir mas lejos nuestro vecino don Rafael el diamantista, que vivía en el número cuatro de esta calle, ha dejado su oficio, y ya tiene hoy ocho mil reales de sueldo al año.
- CRISP. Buen provecho le haga...
- RAIMUN. Y el señor Benito, siendo un excelente pintor...
- CRISP. Pues... de puertas y ventanas...
- RAIMUN. Y también pintaba virgenes: pues bien, es hoy Portero mayor de un Ministerio, con gran sueldo.
- CRISP. Con su pan se lo coma...
- RAIMUN. Y el maestro albeitar, primo de la Rosalia Virtudes Menendez de Rocafior, es Fiel de puertas y come á dos carrillos: con que si quieres mas ejemplos...
- CRISP. Sí, quiero dar ejemplo á esos holgazanes, de que mi hijo Daniel, teniéndolo su padre como lo tiene, no le pide pan al gobierno; puesto que debe ganarlo con su trabajo como yo lo he ganado.
- RAIMUN. Muy bien... y por tus malditos escrúpulos, le tendremos toda la vida hecho un *azacan* detras de un mostrador...
- CRISP. ¡Raimunda!... ¡no me impacientes!...
- RAIMUN. No te impaciento, no señor... pero yo quiero que mi querido hijo Daniel, brille en la sociedad.

- CRISP. Pues para que brille... vístelo de charol, y veras como reluce...
- RAIMUN. Eso es, búrlate ahora...
- CRISP. Raimunda!... hazme el favor de callar, que si viene Daniel y percibe esta polémica, se vá á levantar de cascos... y ya no faltaba otra cosa.

ESCENA V.

DICHOS.—DANIEL por el foro.

- DANIEL. Buenas tardes, mis queridos padres. (*Abrazándolos.*)
- CRISP. Muy buenas, hijo mio: ¿cómo has tardado tanto?
- RAIMUN. Nos tenias con cuidado, querido Daniel.
- DANIEL. Y con razon; pero nuestro *principal* nos ha detenido en arreglar hoy toda la tienda y en este momento, nos ha dado libertad. ¡Si viera V!... hemos salido todos los *horteras* de estampía, como los toros cuando salen del toril á la plaza.
- CRISP. Yo lo creo.
- RAIMUN. ¡Que tirania!... ¡Tu *principal* es un Beduino!...
- DANIEL. Y algo mas: en fin, ya estoy aqui, y tengo el placer de ver á ustedes tan buenos y disfrutando una salud...
- CRISP. A prueba de bomba.
- RAIMUN. Ea pues, hijo mio, ¿quieres comer algo?
- CRISP. Sí que le preparen unas magras con tomates.
- DANIEL. No, nó, ya he almorzado y no tengo apetito: (*Se queda como pensativo: pausa larga.*)
- RAIMUN. ¿Que tienes Daniel? ¿Estas triste?
- DANIEL. No señora, triste nó, pero disgustado... si.
- CRISP. ¿Pues que te pasa?
- DANIEL. ¿Que me ha de suceder?... que llevo una vida...
- CRISP. Vamos, concluye, que nos tienes impacientes.
- DANIEL. La verdad, queridos padres, veo que este oficio no

es para mí: Comerciante, y de tan baja escala... si fuera al menos Banquero...

RAIMUN. Soy de tu misma opinión, hijo mío.

CRISP. (*Aparte.*) (Ya pareció aquello.) ¿Pues qué ha ocurrido?

DANIEL. Que estoy convertido en un *hortera*, y tengo ya veinte y cuatro años; y si he de ser franco con ustedes, no me acomodo á continuar así,

RAIMUN. (*Aparte á D. Crispulo.*) ¿Lo estás viendo?

CRISP. (*Aparte á Doña Raimunda*) Lo veo... Pero explícame, Daniel,

DANIEL. En muy pocas palabras lo haré. Figúrense ustedes que yo no hago otra cosa todos los días, mas, que levantarme muy temprano; acostarme muy tarde; barrer el portal y la tienda, y despachar varas de percal, estameña y bayeta; y solo ver á mis queridos padres un momento los Domingos, privado de sus caricias en primer lugar y de la libertad. ¿Y todo para qué?... para ganar cuatro reales diarios y la comida. Por consiguiente, si ustedes me dan su permiso, me retiro del comercio. Me ronda una idea por la cabeza hace ya tiempo ..

RAIMUN. Desde luego puedes contar con el mío.

CRISP. Pues con el mío, nó.

DANIEL. Lo siento; y mas que todo sentiría tener que desobedecer á usted, pues estoy resuelto á abandonar esa carrera.

CRISP. ¡Perfectamente!... y á tu edad, sin estudios de ninguna clase para elegir otra, elegirás la carrera de los vagos...

DANIEL. Querido padre, no se altere usted tanto: quizás la que elija, sea mas de mi gusto, mas del vuestro, y pueda con ella asegurar mi porvenir.

RAIMUN. Es claro, no hemos de sacrificar al muchacho, sin haber para ello una necesidad: ¿no eres tú bastante rico?

CRISP. Lo soy; pero la principal riqueza, es tener un oficio con que ganar la subsistencia, como yo la he ganado con honradez. Mira Raimuda, estas cosas son demasiado serias, y no deben tratarse así de cualquier modo: oigamos con calma lo que piensa hacer Daniel, y si elige otro oficio mejor, en hora buena, que abandone el comercio; no me opongo. (*Acercandose á Daniel.*) Vamos á ver hijo mío, ¿qué es lo que piensas tu ser en este mundo?

ESCENA VI.

DICHOS.—PABLO.

PABLO. Señorito Daniel, esta carta ha traído el cartero para usted. (*Le entrega una carta, cuyo sobre lee en alta voz.*)

DANIEL. «Señor don Daniel Benameji, calle de la Gorguera, número 3, cuarto bajo.» Para mí. ¿Y del correo interior? Veamos. (*La abre y segun vá leyendo para sí, se verá animarse su semblante.*)

PABLO. (*Aparte.*) ¿Si será de alguna otra querida?... No, pues yo lo he de saber: no es justo que la pobre Isabel... aquí me quedará en la antesala acechando, por aquello de *piensa mal y acertará*.

ESCENA VII.

DICHOS, menos PABLO.

DANIEL. (*Aparte.*) ¡Aprobada la comedia del pobre Andrés que en paz descanse!... Ya no me acordaba que la presenté en el teatro suscrita por mí.

CRISP. ¿Pero qué es eso?

DANIEL. (*Aparte.*) ¡Magnífica idea!... ¡perfectamente!...

Y bien querido padre, ¿sabeis la carrera que pienso adoptar?

CRISP. ¿Cuál?

RAIMUN. ¿Cuál hijo mio?

DANIEL. Esa: leed esa carta. (*Se la dá á D. Crispulo.*)

CRISP. ¿Esta carta?

DANIEL. Si, ella os sacará de la duda.

CRISP. (*Colocándose los gemelos lee en alta voz.*) «Empresa del teatro principal.— Señor don Daniel Benamejí de Azpicueta.— Madrid 1.º de noviembre de 1860.—Muy señor mio. Desde hace tres meses que me remitió usted su comedia, primera produccion titulada *La Pesca del atun*, no ha podido el comité de este teatro leerla hasta ayer, por haber tenido que ocuparse en la lectura de mas de dos mil seiscientas obras que han sometido á su exámen en esta temporada varios escritores dramáticos.» ¡Qué nube de poetas!...

RAIMUN. (*Impaciente.*) Acaba pronto de leer.

CRISP. Voy; mas calma. (*Leyendo.*) «Tengo pues, la satisfaccion amigo mio de anunciar á usted que ha sido aprobada su mencionada comedia, y le ruego se presente en este teatro á la mayor brevedad, para repartir los papeles y disponer su representacion.—Con este motivo se ofrece de usted afectísimo y A. S. S. Q. B. S. M.—El representante de la empresa.

PASCUAL CANTALAPIEDRA VALDERAS.»

RAIMUN. ¡Ven á mis brazos hijo mio! ¿Con qué eres poeta?

CRISP. (*Aparte.*) (Pues señor, no lo entiendo.) ¿Y cuándo has escrito esa comedia?

RAIMUN. Bribonazo... ¿Y por qué lo tenias tan callado?

DANIEL. La he escrito en los ratos de la siesta mientras dormia mi *principal*, y nada he querido decir á

- ustedes esperando este momento, puesto que daba si era buena ó mala mi primera produccion.
- RAIMUN. ¿Lo ves Crispulo? Yo me voy á volver loca!...
- CRISP. No te arrebatas, y vamos con calma. Escucha, Daniel, ¿es en verso ó en prosa? (*Devolviéndole la carta que Daniel guarda.*)
- DANIEL. En verso.
- CRISP. ¿Y antes de presentarla al teatro, no la diste á leer á nadie?
- DANIEL. Si señor, á uno de los poetas que van allí á la tienda á pasar el rato y á fumar cigarros.
- CRISP. ¿Y cuál fué la opinion de ese poeta?
- DANIEL. La de que era muy buena: tan buena, que me dijo, dudaba la hubiera yo escrito.
- CRISP. (*Aparte.*) (Lo mismo me sucede á mí... ¿Este muchacho poeta?...) ¿Y qué piensas hacer ahora?
- DANIEL. Ya lo he dicho: —seré escritor dramático: estoy decididamente resuelto.
- RAIMU. Sí, eso, hijo mio: abrazame otra vez.
- CRISP. (*Aparte.*) (No me puedo convencer... pero en fin, allá veremos...)
- DANIEL. ¿Con qué lo aprueba usted querida madre?
- RAIMUN. Sí, hijo mio; con mil amores. — ¡Un poeta en la casa de un artista de sastre, es una honra para la familia!
- DANIEL. ¿Y vos padre, no lo aprobais?
- CRISP. Pts... eso... segun y conforme...
- DANIEL. Como decia Quevedo... ¿Eh?
- CRISP. Justamente: pero he de ser mas franco todavía hijo mio, como en prueba del singular cariño que te profeso. — Dudo que sirvas tu para poeta, y me sería muy sensible que arrebatado por una ilusion, al emprender ese camino tan sembrado de espinas, encuentres un desengaño, cayendo al propio tiempo en el ridiculo...
- RAIMUN. Y si como puede suceder, y sucederá, es todo lo contrario, ¿qué dirás entonces?

- CRISP. Diré que me he equivocado, y que Daniel y tú teneis razon. ¡Poeta!... ¡Se necesitan grandes condiciones para ser un buen poeta!..
- RAIMU. El poeta nace.
- CRISP. Y despues se hace.
- DANIEL. Tranquílicese usted querido padre; tengo sobrada fuerza de voluntad; y digo lo que decia Mr. Larribe «*querer es poder*» Ya conoceis á don Pedro, célebre poeta Dramático, que hoy ocupa una brillante posicion en la sociedad, y que ha sabido conquistarse un nombre esclarecido en la república de las letras...
- CRISP. Lo conozco sí, soy su sastre hace diez años.
- DANIEL. Pues bien, con su talento, y nada mas que con su talento, se ha encumbrado á la cima en esa brillante carrera; y es uno de los primeros poetas españoles, y es respetado por todos los hombres de saber y ciencia. — D. Pedro era un oficial de carpintero, ó ebanista.
- CRISP. ¿Oficial de carpintero?
- DANIEL. Si señor; y de oficial de carpintero, abandonando su oficio, ha recogido cien coronas en el teatro, con sus producciones dramáticas, que están hoy sirviendo de modelo, con lo cual se patentiza, que el poeta nace ya poeta.
- RAIMUN. ¿Lo oyes Crispulo?
- CRISP. ¡Y me sorprende por cierto!..:
- DANIEL. Tambien entre los de vuestro oficio, ha despuntado un genio para la literatura dramática. — El sastre Juan Salvo y Vela autor del Mágico de Salerno y de varias comedias de santos:
- CRISP. ¿Es posible?
- DANIEL. Y aun hay mas: — ¿Quien dió á luz el primer drama del género *romántico*, tipo en sus excelentes condiciones literarias, y con el cual, el nombre de su autor fué inscrito en letras de oro en el catá-

logo de los mas célebres escritores dramáticos? Uno, que cuando concibió pensamiento tan grande, servia de cabo en un Batallon de Provinciales. Un genio oscurecido entre el ruido de los tambores y el estruendo de la música militar, vino á regenerar una escuela olvidada ya en el teatro; la escuela del *romanticismo*, cuya huella han seguido los primeros poetas de nuestro siglo, orlando como él su frente con coronas de laurel, diciendo al mundo—el poeta nace.

CRISP. ¿Y como sabes tu todo eso?

DANIEL. Muy facil: Ya os he dicho que van á la tienda de mi principal unos cuantos poetas, á pasar el tiempo y á fumar cigarros: pues bien, ellos refieren allí todas estas cosas á voz en grito, que forman la viografía de todos nuestros poetas.

CRISP. ¡Ah!.., yá..: Y tu al oír relatar esas historias de algunos de nuestros ingenios, has dicho, pues me hago poeta.

RAMUN. ¿Y por que nó?

DANIEL. Eso es lo mas facil del mundo: ya lo habeis visto querido padre: - escribí una comedia; me la han aprobado, y muy pronto tendreis ocasion de ver y conocer si reuno condiciones para mi nueva carrera emprendida. Por lo demas, estoy bien instruido de cuanto debo hacer para figurar en primera linia entre los poetas dramáticos.

CRISP. ¡Todo cuanto me dices, me parece un sueño!

RAMUN. Si tu siempre estás durmiendo!..Pues es una realidad. (*Aparte á su esposo.*) Crispulo, deja tú obrar al chico, que revela talento: ¿No ves en su fisoromia que debe ser todo un poeta?..

DANIEL. Efectivamente es una realidad, lo que os parece un sueño querido padre.—Os voy á trazar el plan que he formado para la entrada triunfal en mi nueva carrera.—Tengo un amigo gacetillero de un

periódico, el cual me pondrá un suelto en la sección *cronica de teatros* redactado en estos términos.—« Sabemos que muy en breve se pondrá en escena en el teatro principal, una comedia titulada *La Pesca del Atum*, primera producción de un, jóven que se inaugura en la carrera de escritor dramático con muy buenos auspicios.—Al manifestar anticipada y favorablemente nuestra opinion, nos mueve solo á ello, el alentar á su autor para que continúe dando á luz obras que reúnan tantas bellezas literarias, como la que dejamos citada, la cual hemos leído y examinado detenidamente etc. etc.»

CRISP. ¡Ave Maria!...

RAIMUN. Muy bien.

DANIEL. Despues, me hago amigo de todos los primeros actores y actrices de los teatros: asisto por la noche á la tertulia de poetas que concurren á sus respectivos cuartos de vestir. Allí hablo mucho y mal, de casi todos los autores contemporaneos y antiguos: digo que Lope de Vega y Calderon de la Barca, pudiendo regenerar el gusto del público en su época, siguieron la corriente de los poetastros de su siglo, contribuyendo á la decadencia del teatro, de cuyo resultado fatal, ellos, y solo ellos, serán los responsables ante el buen criterio de la posteridad.

CRISP. (*Aparte.*) ¡Pues ya escampa!!...

DANIEL. A continuacion, como todos me oirán con la boca abierta, hago un juicio crítico del don Quijote, de Cervantes, y emito una idea, que por lo atrevida, hará ruido entre los escritores todos: por ejemplo, diré,—¡Cervantes!... *ese principe de los ingenios*, cuya estatua está colocada en la plaza de Santa Catalina, si yo fuera alguna vez gobierno, la mandaría colocar boca abajo, para significar que

- no merece ese título el autor de don Quijote, con cuya obra mató las creencias, la fé pura del corazón de los hombres de su siglo, etc., etc.
- RAIMUN. ¡Qué talento!...
- CRISP. (*Aparte.*) ¡Yo estoy confundido!... ¡Vamos, está rematado!...
- DANIEL. En seguida entro en ese basto campo de la historia universal, y empiezo desde nuestro padre Adán, haciendo una descripción del paraíso terrenal. Luego hablo de Zacarías y Jeremías, de Matusalen y de Noé. Me vengo al imperio de la Grecia, y hago ver mis grandes conocimientos en la historia, con solo citar los nombres de Tiberio, Neron y Calígula, que hizo cónsul á su caballo para abatir el poder de la nobleza. Sigo avanzando, y doy un salto á Inglaterra, y dibujo á grandes rasgos aquella revolucion, célebre por mas de un título, en donde Cárlos I hizo conducir al patibulo á Cromwell por meterse en camisa de once varas. Hecho una rápida ojeada por la Francia y pongo de manifiesto la bulliciosa y elegante córte de Luis XIV. Me planto en España, y desde Turismundo y Alarico hasta Wamba y don Rodrigo, diseño la primera invasion de los moros que duró setecientos ochenta y un años; y viniendo á la época de don Pedro el Cruel, don Felipe II, don Jaime el Conquistador, Fernando VI, Cárlos III, y...
- CRISP. Basta Daniel, basta: te concedo el título de poeta, y hasta el de sangrador... por lo mucho que hablas.
- RAIMUN. Gracias á Dios: eso esperaba yo, Crispulo. Está visto que el saber, tarde ó temprano se abre camino.
- CRISP. (*Aparte.*) ¡O yo no lo entiendo, ó este chico es un sábio!...
- DANIEL. ¡Querido padre!... ¿Al fin me dejais en libertad para ser poeta?...

- CRISP. Sí, hijo mio, sí, me convenzo que con tu erudicion has de hacer fortuna; pero hasta que veamos el éxito de tu comedia *La Pesca del atun*, la verdad, aun no aseguro ..
- RAIMUN. Bien, ya lo verás; y estoy segura que la has de aplaudir; pero Daniel ¿donde has estudiado tanto de historia?
- DANIEL. Toma: algo se me habia de pegar tratándome con los poetas que van á la tienda...

ESCENA VIII.

DICHOS.—EL COJO con un frac en la mano.

- EL COJO. Señor maestro, perdone usted, ¿qué clase de botones pongo á éste frac?
- CRISP. Déjame ahora de botones.
- EL COJO. Es que lo está esperando su dueño ahí en el taller, y quiere llevárselo puesto.
- CRISP. Bien, bien, que espere un poco: allá voy. (*Váse el Cojo.*)
- DANIEL. Me habeis colmado de felicidad: gracias, querido padre.
- CRISP. Sin embargo, hijo mio, ten muy presente que para llegar un hombre á ser un poeta consumado, tiene que estudiar mucho.
- DANIEL. Estudiaré, y saldré adelante con mi empresa.
- RAIMUN. Si señor, estudiará, y será la honra de la familia.
- CRISP. Bien, hijo mio; te empeñas en ello, pues corriente. Dios te proteja... y nos ampare á todos!... (*Se dirige á doña Raimunda y le dice aparte.*) Está bien... Tú alimentas sus esperanzas, y quizá logres su perdicion..
- RAIMUN. (*Aparte á don Crispulo.*) ¡Y tú quieres matar la fulgidez de su brillante imaginacion, para impedir

que el aura del pueblo inscriba su nombre de poeta en el gran libro de las generaciones.

CRISP. (*Dirijiéndose al taller.*) Pues señor... ¡No sabia yo que mi mujer tambien estaba loca!...

ESCENA IX.

DOÑA RAIMUNDA.—DANIEL.

DANIEL. Está bien: (*Restregándose las manos.*) Hemos conseguido un triunfo, un triunfo grande.

RAIMUN. Si hijo mio: ahora es preciso que mañana vayas al teatro, y cuides de que se repartan bien los papeles de tu comedia, para que el público.

DANIEL. No tengais cuidado: Ea, querida madre, (*La abraza.*) me voy á dar un paseo con mis compañeros los *horteras* de la tienda, por ser esta la última vez que paseo con ellos.

RAIMUN. Sí, sí, hijo mio, vete con Dios.

DANIEL. La última vez, pues ahora tengo mucho que estudiar.

RAIMUN. Mira, yo tengo en mi baul unos libros que me dejó en herencia mi primo el Cura de Santa María.

DANIEL. ¿Y qué libros son esos?

RAIMUN. La Biblia, fábulas de Iriarte y Samaniego, La Jerusalem, Garcilaso de la Vega, el teatro antiguo de Calderon, Moreto, Rojas, y...

DANIEL. Eso no vale nada, yo necesito estudiar las obras modernas traducidas: el Judío Errante... El Monte-Cristo, las obras de Jorge Sand y otros autores franceses.

RAIMUN. Tambien tengo el Don Quijote de la Mancha.

DANIEL. ¡Don Quijote?... ¡No quiero nada con Cervantes!... No; Cervantes escribió mojando su pluma en veneno, y conmovió la sociedad: sí, madre mia;

desde que Cervantes escribió su famoso Don Quijote, ya no hay caballeros en el mundo, capaces de emprender las grandes hazañas de los caballeros de la edad media. Cervantes dirigió sus tiros contra los libros de caballería de su época, sin preveer que mataba las buenas costumbres encarnadas en el corazón de aquella sociedad; pero en fin, madre, ¿vos qué entendéis de eso? Quedad con Dios, y hasta después. (*Se dirige al fondo.*)

RAIMUN. El te guarde, hijo mío: ¡qué talento!... (*Váse.*)

ESCENA X.

PABLO que tropieza con DANIEL al salir.

- PABLO. ¡Santo Dios!... ¡Me habeis roto una costilla!... al *perro fluco toas son pulgas...*
- DANIEL. Perdona: iba tan distraído... apropósito, cepíllame un poco la levita.
- PABLO. (*Coje un cepillo que habrá encima de la mesa.*) Con mucho gusto, señorito: ¿Con qué al fin os empeñais en eso de ser poeta? (*Cepillándose.*)
- DANIEL. Sí; ¿quién te lo ha dicho?
- PABLO. Estaba ahí en la antesala, y todo lo he oído.
- DANIEL. Bribón, ¿con qué eres mi espía?...
- PABLO. ¿Pues no me habeis nombrado espía de Isabel?
- DANIEL. Bien, ¿Y qué?...
- PABLO. Que ella me ha nombrado espía vuestro.
- DANIEL. ¡Ah!... ya, Isabel... ¡Le dijisteis lo que te encargué ayer?
- PABLO. Claro; como que dentro de un minuto la tendreis aquí. Me dijo que á las tres sin falta vendría.
- DANIEL. (*Sacando el reloj.*) Pues van á dar las tres.
- PABLO. Y quiere que vayan ustedes juntos á ver las fieras del Retiro, ya se vé, la pobre está siempre sujeta

- en el taller de vuestro padre, y solo dispone de los domingos
- DANIEL. Bien, bien, acaba pronto.
- PABLO. Sí; ya acabo: teneis tanto polvo en la espalda y tanta pelusa... La pobre Isabel, es la mas juiciosa y la mas trabajadora de todas las oficialas del taller, y debeis quererla mucho, porque ella os adora...
- DANIEL. Lo sé, es un ángel.
- PABLO. Una bendita: como su padre el sargento primero de mi compañía, muy honrado, y qué...
- DANIEL. Sí, ya me lo has dicho otra vez.
- PABLO. Y luego, tan modesta, tan bien educada... vamos; ya estais mas limpio que una patena.
- DANIEL. Y dime Pablo, ¿tu estás seguro que ella me es constante?
- PABLO. Yo lo creo: ¿Constante? ya os he dicho que os adora. Sin embargo, quien quita la ocasion, quita el peligro, y si vais con buen fin... debeis...
- DANIEL. Por supuesto, con buen fin; nos casaremos pronto.
- PABLO. Eso, señorito; eso: el que no se aventura, no pasa la mar.
- DANIEL. Y viviremos en un palacio; y la compraré un carruaje, pues con mis comedias...
- PABLO. ¿Con vuestras comedias?... *Oros son triunfos.* Señorito, las comedias, son papeles mojados...
- DANIEL. ¿Que entiendes tú de eso? Yo voy á ganar mucho dinero. ¿Te vendrás con nosotros?
- PABLO. Señorito, eso no: Si se mete usted á poeta, no cuente usted conmigo para nada.
- DANIEL. ¿Por qué, Pablo?
- PABLO. Por que... *bien sabe el montañes donde le aprieta el Zapato...* Los poetas en España, audan á la cuarta pregunta y viven tan elevados como el pañól del palo mayor de un navio; y á mi edad...
- DANIEL. Eso le sucede á los poetas de poco pelo.
- PABLO. Y á los de pelo en pecho. ¿Quereis saber lo que

sucedió aquí en la Corte años atrás, con unos poetas, cuyos nombres están hoy muy encumbrados? ¡tan encumbrados, como las estrellas!...

DANIEL. Será algún cuento de vieja.

PABLO. No es cuento, oidme: —vivian en un cuarto bajo de un barrio extremo de Madrid, cuatro poetas; como he dicho, hace años; y llegó un día, en que no tenían ni un real — ¿Que hacemos?... Se preguntaban los unos á los otros. — Yo, he agotado todos mis recursos — pues yo tengo secos los sesos y nada se me ocurre. — A mí el hambre me ha comido las ideas; dijo el tercero. Pero el cuarto, dando un grito alarmante, exclamó: — «Compañeros, ya estamos salvados —» ¿Como?... le interrumpieron á la vez. — «Muy facilmente.» — «Alquilamos un hábito de Fraile Francisco: yo me hago el muerto, me colocais con dos velas en medio de este cuarto, y se pone la bandeja en la ventana que dá á la calle, con un cartel que en letras muy gordas diga: — *Una limosna para enterrar al difunto.* « Se reunirá mucha gente, para darme sepultura, y cada cual escurrirá su bolsillo; y en teniendo hecha la jugada, se levanta el muerto, y á la fonda en seguida. —» «Bravo, bien,» — digeron todos, y se llevó á efecto la proposición, y se llenó la bandeja de cuartos, y ya veis como el hambre de los poetas aguza su imaginación.

DANIEL. Eso será una patraña...

PABLO. Eso es una verdad como un templo.

DANIEL. ¿Y quien te lo ha contado?... Vamos á ver.

PABLO. El asistente de uno de los poetas en cuestión, que era entonces teniente, y ahora creo, si no estoy equivocado, que es, ni mas ni menos, que general.

DANIEL. ¿Y los demás, que se hicieron?

PABLO. ¿Y los demás?... El uno, en paz descanse, murió: el otro es un Excelentísimo señor y un génio: y

el otro, tambien, tambien figura en alto copete, en esa cosa de la poesia...

DANIEL. Ya ves, al fin adquirieron gloria; y tras de la gloria...

PABLO. Despues de muchas miserias; y yo no estoy para malos ratos...

DANIEL. Aquellos serian otros tiempos.

PABLO. Yo os repito, que no quiero nada con poetas: «el gato escaldado, del agua fria huye.» Ademas señorito, usted vá á emprender ahora esa carrera... ¿Y si le sale á usted *el tiro por la culata?*...

DANIEL. No temo semejante cosa.

PABLO. *Don dinero, es caballo:* esa es la fija. ¿Recuerda usted lo que decia hace unos cuantos años un periódico que tenía mucha fama?...

DANIEL. ¿Como se titulaba?

PABLO. Se intitulaba...El Padre...No lo recuerdo; pero es lo mismo. Decía hablando de los Ministros...decía...

¡Caramba!... ¿Como decía?... ¡Ah! yá... «El Ministro de Marina, es muy grabose, por no ser Gravina.»

DANIEL. No te comprendo...

PABLO. Pues está muy claro. Quería el tal periódico decir, que el Ministro de Marina, no servía para el pas^o por que no tenía el talento y los conocimientos en el ramo, que el Almirante Español Gravina... Con qué... aplique usted el cuento...

DANIEL. (*Dando dos pasos atrás.*) ¡Pablo!!... ¡No te permito esas libertades, ni sufro esas indirectas!... ¿Lo entiendes?... Ya puedes marcharte de aquí.

PABLO. Bien, señorito, perdone usted. Yo lo decia, como os quiero tanto, y os he visto nacer, por daros un consejo á tiempo... (*Dirigiendose á la puerta del foro.*) Eso de meterse á poeta... en fin, si el buque hace agua y se vá á fondo... no dirá usted que no le aviso á tiempo... (*Desde la puerta.*)

Pero aquí llega Isabel, señorito.

DANIEL. Bien, déjanos solos. (*Váse Pablo.*) ¡Este diablo de viejo con su cariño... y con sus... refranes...

ESCENA XI.

DANIEL.—ISABEL.

DANIEL. ¡Querida Isabel!

ISABEL. ¡Daniel! ¡Tantos dias sin vernos!...

DANIEL. Sí, tantos dias, y amandonos tanto... pero desde hoy vamos á ser mas felices: ya no soy comerciante,

ISABEL. ¿Cómo?...

DANIEL. Y tendré mas libertad.

ISABEL. ¿Deberas?

DANIEL. Y nos veremos cuando queramos.

ISABEL. ¡Qué felicidad!

DANIEL. Y tendremos un gran porvenir con mi nueva posicion social.

ISABEL. ¿Con tú nueva posicion social?

DANIEL. Y seremos ricos.

ISABEL. ¿Te ha tocado la lotería?

DANIEL. Mucho mas.

ISABEL. Dime que es ello; no me impacientes.

DANIEL. (*Con gravedad.*) Voy á ser poeta. (*Pausa larga.*)

ISABEL. ¡Ay, poeta!...

DANIEL. ¡Qué!... ¿no te agrada?

ISABEL. ¡Poeta!... ¡pues si los poetas dicen que no tienen un cuarto!...

DANIEL. Eso era en tiempos atrás: ahora mi querida Isabel, se gara mucho dinero. Ya verás; y te compraré flores que engalanen tu arrogante cabeza; y perlas que adornen tu cuello torneado; y guirnaldas de rosas, ceñirán tu hermoso talle; y al radiar el sol

- en tu frente, parecerás mas hermosa, mas encantadora y nuestro amor, será todo ilusion.
- ISABEL. ¡Jesus qué frases tan escogidas y retumbantes!...
- DANIEL. Sí, mi adorada Isabel: el porvenir se abre ante mis ojos risueño y placentero.
- ISABEL. Pues yo temo ese porvenir...
- DANIEL. ¿Por qué ese temor, Isabel?...
- ISABEL. ¿Qué se yo?... El corazon me anuncia que no he de ser tan feliz, si entras en esa vida del gran mundo, donde la sociedad, menos sencilla...
- DANIEL. ¡Qué aprensiones!... Tu amor es mi primer amor, y siempre serás para mí el objeto preferido de mi cariño: pensemos en otra cosa Isabel, vamos á dar un paseo por el campo, como todos los domingos y te contaré todos mis planes.
- ISABEL. Vamos, ¿pero no me olvidarás nunca?...
- DANIEL. Nunca Isabel, ¿vamos? (*Se oye una voz dentro que grita Daniel, Daniel.*)
- ISABEL. ¡Ah! ¿quién es?
- DANIEL. ¡Ese diablo de Froilan!... Nada, vete por la calle del Prado, despacio, que yo te alcanzaré: tengo que hablar dos minutos con él.
- ISABEL. Pues que no tardes: á Dios. (*Váse á tiempo que entra Froilan.*)

ESCENA XII.

DANIEL.—FROILAN.

- FROILAN. ¡Hola!... ¿Esas tenemos?...
- DANIEL. ¿De qué te asombras: no la conoces?
- FROILAN. Sí, Isabel, pero...
- DANIEL. Mi adorada Isabel, que será pronto mi esposa.
- FROILAN. ¡Cáspita!... ¿Eso mas?
- DANIEL. Eso mas, amiguito Froilan,

FROILAN. Bien: ¿nos convidarás á la boda?... Pero vamos, vamos que nos esperan los compañeros en el portal para armar una broma, que ya verás.

DANIEL. Sí, el Domingo pasado, no pudimos porque estaba lloviendo; pero lo que es hoy...

FROILAN. Hoy... hemos de sacar la tripa de mal año: ¡Qué callos tan bien guisados! ¡Qué caracoles!... en el cerrillo de San Blas, saliendo por la puerta de Atocha...

DANIEL. Es verdad: aprobado.

FROILAN. ¡Yo lo creo!... En la fonda aristocrática... ó sea taberna del Chato...

DANIEL. (*Restregándose las manos.*) ¡Perfectamente!

FROILAN. Correremos un bromazo; y habrá cada *trisque fortis* de lo de Cariñena, que será un contento: por supuesto, cada obeja con su pareja...

DANIEL. Bien, me agrada.

FROILAN. Antonio, con su linda Rafaelita; Benito, con su Ramona; yo, con mi Carolina la visoja, que tiene mas sal, que una bolera andaluza, y tú, con...

DANIEL. Con Isabel.

FROILAN. Lo que es para nosotros los comerciantes al por menor, la cosecha de modistas y costureras de la córte, es nuestra comidilla mas sabrosa. ¿Con que vamos Daniel?

DANIEL. Vamos. (*Se dirigen á la puerta del fondo y Daniel retrocede*) ¡Ah! Se me olvidaba decirte lo mejor. Lée esa carta (*le dá una*)

FROILAN. Leo esta carta. (*lee para sí.*)

DANIEL. Baya al diablo el comercio, y los percales, las bayetas, las corbâtas, y los calcetines, y por lo tanto, me despediré esta tarde de todos vosotros, porque voy á ser escritor.

FROILAN. ¡Escritor!... ¡Ah!... ¡Ya!... entendido. Pero Daniel, ¿ésta no es la comedia que nos legó nuestro difunto amigo Andres que en paz descanse?...

- DANIEL. Chits, no alces tanto la voz: es la misma; y como se murió tan de repente á los dos dias que me la dió para copiarla, yo la he presento firmada por mí al teatro sin ninguna esperanza, cuando me encuentro hoy con esa carta, y ya tengo que sostener...
- FROILAN. Sí pero eso es una cosa á que llaman los poetas...
- DANIEL. ¿Quién se cuida de eso?... Habla bajo no nos oiga la familia, y todos mis planes caigan por tierra: Yo he tenido que remendarla, y he trabajado mucho en ellas para...
- FROILAN. ¿Con que estaba descosida?...
- DANIEL. Estaba mal hilbanado el plan... no seas tan material...
- FROILAN. ¡Como se conoce que descienes de sastres!...
- DANIEL. Vamos, no gastemos el tiempo en bromas. Yo no quiero ser mas comerciante: me siento inspirado, y voy á escribir mas comedias que Lope de Vega. Con que silencio, y á nadie digas que la *Pesca del Atun*, la escribió el pobre Andrés...
- FROILAN. Hombre, lo que es eso... ya ves tú, precisamente valdrá mucho dinero y yo...
- DANIEL. Tu recogerás cuanto dinero produzca, porque yo solo aspiro á la gloria.
- FROILAN. ¡Ah!... ya... ¿Todo lo que produzca será para mí?...
- DANIEL. Todo.
- FROILAN. No Daniel, tanto yo no...
- DANIEL. Todo he dicho: pero júrame bajo palabra de honor guardar el secreto...
- FROILAN. ¡Lo juro bajo palabra de caballero! (¡Pues señor, hago un fortunon!)
- DANIEL. Convenido: para mí, solo la gloria, y es bastante. Mil ochocientas comedias escribió Lope de Vega, el Fenix de los ingenios y cuatrocientos Autos...
- FROILAN. ¡Cuatrocientos autos de fé!... ¡Ave María!... pues entonces era un inquisidor poeta...

DANIEL. Si no me has dejado concluir, cuatrocientos Autos Sacramentales.

FROILAN. ¡Hombre, pues eso será cosa de Iglesia!...

DANIEL. Vamos Froilan, tu no entiendes de eso: lo principal es, y queda acordado formalmente entre nosotros, que guardarás en tu pecho el secreto consabido, como un hombre de bien, pues voy á escribir mas comedias que el susodicho Lope de Vega... y...

FROILAN. Como un hombre honrado; te juro que nadie lo sabrá.

DANIAN. Pues adelante: (*Dándose las manos*) ya soy feliz.

FROILAN. Adelante:—á comer nuestros callos y nuestros cornudos caracoles á la taberna del Chato, y para ti toda la gloria... de *La pesca del Atun...* ¡para mi... todos los dineros!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Daniel en casa de D. Crispulo.—Puertas laterales:—la de la izquierda comunica al taller de sastrería: otra tambien á la izquierda al cuarto de vestir de Daniel: la de la derecha, á otras habitaciones de la casa:—al fondo otra que conduce á la calle:—á la derecha de esta puerta del fondo, una mesa con varios adornos, y entre ellos, se verán las estatuas ó bustos en yeso de Calderon de la Barca y Lope de Vega:—á la izquierda de la misma puerta, una chimenea francesa en la que arderán troncos de leña:—y en medio de la habitacion, otra mesa de alas, redonda, con varios tinteros y papeles esparcidos, y una lámpara solar con pantalla, en medio, encendida.

ESCENA PRIMERA.

PRIETO.—TIBURCIO.—GONZALEZ.—LUIS, sentados al rededor de la mesa escribiendo: PABLO sentado tambien junto á la chimenea calentándose.

TIBURCIO. ¡Buen frio hace esta noche!

GONZ. ¡De superior calidad!...

LUIS. Yo no puedo casi sostener la pluma en la mano.

TIBURCIO. Siempre en este maldito Madrid, salta uno de frio por Navidad.

- GONZ. ¿Pues tienes mas que irte á las Américas?... allí será el único país donde no haga frio por este tiempo.
- TIBURCIO. Bien quisiera, pero digo lo que la zorra de la fábula... están verdes...
- LUIS. ¿Y quién dijo miedo? aquí en esta habitacion no hace frio.
- GONZ. No lo tendrás tú... ¡Con ese gaban que te has adquirido tan algodonado!...
- LUIS. Sí, abriga mucho: ayer lo compré en el rastro, en las Américas; me costó veintiu reales.
- GONZ. ¡Barato fué!... Pues yo con esta levita y este pantalon de lana dulce del tiempo de Recaredo, me estoy helando.
- TIBURCIO. Aprensiones... Con este frac que me regaló don Daniel y este pantalon que se trasparenta por lo fino se me figura que estoy algunas veces en Rusia, y no graño tanto como vosotros.
- LUIS. ¿Y como así Tiburcio? Siendo tú el favorito de don Daniel, ¿por qué no medras á su sombra?...
- TIBURCIO. ¡Ay amigo Luis!... Don Daniel con los triunfos de su comedia *La pesca del Atun*, no dá sombra, ni se acuerda de los pobres.—El me dice que está muy satisfecho de mí, que le copio sus comedias perfectamente. Eso sí, yo á veces les introduzco al copiarlas algunos versos y hasta escenas enteras, que él celebra mucho, y nada mas.
- GONZ. ¡Eso es una ingratitud!...
- TIBURCIO. Pero en cambio me ha ofrecido regalarme una capa, si esta noche tiene buen éxito el drama y el juguete cómico en tres actos que se estrenan como sabeis, uno en el teatro principal y otro en el de allá abajo.
- LUIS. ¡Cáspita!... ¡Eso es una prodigalidad!
- TIBURCIO. No lo niego; pero lo merezco: casi todo el final del tercer acto se lo he escrito yo.
- GONZ. ¿Tú?...

- TIBURCIO. Yo: es decir, lo he reformado al copiarlo en limpio.
- LUIS. Entonces tienes razon: á fé de Luis Herrera que yo haría lo mismo que don Daniel.
- GONZ. Pero aquí para *inter-nos*, ¿Sabeis que don Daniel vá desplegando húmos de sábio?...
- LUIS. Y con razon: ya lo veis: desde hace mes y medio que se estrenó su primera produccion en el teatro, ha escrito seis obras de punta: dos que se estrenau esta noche, y cuatro que estamos copiando.
- TIBURCIO. Sí, es verdad esa *Pesca del Atun*, como ha hecho tanto ruido, le ha dado fama en España, y le ha estimulado tanto...
- LUIS. Por manera que ahora escribe una obra dramática por semana.
- GONZ. No es estraño: ahora con los ferro-carriles, con la luz electrica y el gas, la musa de los poetas marcha al nivel del siglo de las luces, al vapor.
- PRIETO. Y sobre todos la musa de don Daniel; y ya se vé, como su nombre se ha encumbrado hasta la cima, andan los empresarios de teatros á caza de sus comedias, que beben los vientos.
- TIBURCIO. ¡Yo lo creo!... y con una particularidad; que apenas ven al frente de una obra dramática su nombre, ni aun siquiera se toman el trabajo de leerla: al momento la reparten, la ensayan, y Dios sobre todo...
- GONZ. Es claro: ¿Y quién ha de enmendarle la plana á don Daniel?
- TIBURCIO. Pues no faltaba mas: eso mismo digo yo; ¿y qué sucede con todos los hombres grandes?
- LUIS. ¿Quién lo duda? ¡El autor de *La Pesca del Atun*! ¡pues si ha hecho furor su nombre en Europa!
- PRIETO. Voy á ver si me caliento un poco estas manos: no puedo resistir de frio. (*Se dirige á la chimenea.*) Abuelito, asi se pasa bien el invierno ¡buena vida!...
- PABLO. Sí, buena vida...caliéntese un poco el señor Prieto, que la ocasion la pintan calva.

- PRIETO. Ya lo hago: hace un frio cruel. Y que hay de mundo.
- PABLO. ¿De mundo?.. Yo no sé una palabra.
- PRIETO. De política, quiero decir... de...
- PABLO. ¡Ah!... yá... Estoy á oscuras.
- PRIETO. Pues dicen que el Ministerio...
- PABLO. ¡Bah!... bah... Señor Prieto; yo no entiendo de eso. Ahora con esto de la *Costitucion*, los *Menistros*, tienen que jugar al tira y afloja, y cuando tiran mucho de la cuerda, á lo mejor se rompe... y...
- PRIETO. Siempre fué lo mismo, señor Pablo.
- PABLO. Eso nó: allá en mis tiempos, cuando el Rey, el Señor Rey era *ausoluto*, los *Menistros*, daban garrotazo limpio, y decian *tente tieso*.
- PRIETO. Sí; ¡pero Dios nos libre de aquellos tiempos!...
- PABLO. Pits... ¿Quien sabe si estos ó aquellos eran los peores?...
- PRIETO. Vaya, vaya, volvamos á la tarea que estais hoy al parecer mal humorado (*dirigiéndose á los escribientes.*) Camaradas, eso es ya demasiado afanarse.
- GONZ. Tiene razon el señor Prieto. (*dejando todos de escribir.*)
- TIBURCIO. Aprobado. (*Se levantan adelantándose á la escena.*)
- LUIS. Opino con la mayoría.
- GONZ. Y vamos á cuentas: ¿que sacaremos de todo esto en limpio? Aquí todo el día y por la noche escribiendo y sin ganar casi para cigarros...
- TIBURCIO. ¡Hombre!... ¿Sin ganar para cigarros?... Pues con seis reales diarios, me parece que...
- GONZ. Seis reales diarios, los ganas tú; los demas haremos, bastante con una peseta.
- LUIS. Esta desigualdad, es por lo menos una inconveniencia.
- TIBURCIO. Pero tampoco me negareis que soy el mas aventajado aprendiz de poeta en este taller de hacer comedias.
- LUIS. No convengo.

- GONZ. En parte tiene razon, caballeros: él recompone al tiempo de copiarlas todas las obras que escribe don Daniel, y por eso le ha subido el salario.
- PRIETO. En fin, yo ganaba mas cuando era aprendiz de pintor; pero aquí en cambio me ilustraré, ¿y quién sabe si algun dia me lance á escribir comedias?
- GONZ. Yo el mes que viene empiezo un drama; al fin y al cabo casi todos los poetas, verdaderos génios en el arte de la poesía dramática, han colgado la pluma y se han metido de pronto á empleados; conque alguno hemos de surtir de obras á los teatros.
- LUIS. Y han hecho muy bien: allí, en las oficinas, se fuma y se leen los periódicos... y escribiendo comedias se devanan los sesos...
- PRIETO. Ea, señores; se me ocurre una apuesta.—
- GONZ. ¿Cuál?
- PRIETO. Un almuerzo en la fonda pagamos entre todos, al primero que de entre nosotros escriba una comedia, drama ó tragedia en tres actos.
- GONZ. Corriente.
- LUIS. Convenido: me lanzo al palenque.
- TIBURCIO. Aprobado, y desde hoy... (*Reparando en la puerta de la derecha,*) Silencio; don Daniel. (*Vánse todos hácia la mesa de escribir y se colocan en sus respectivos puestos.*)

ESCENA II.

DICHOS.—DON DANIEL en traje de casa.

- DANIEL. ¡Hola caballeros!. . ¿Se trabaja mucho?
- TODOS. Si señor.
- DANIEL. (*Gritando.*) ¡Pablo, Pablo!
- PABLO. (*Despierta azorado y se le cae la gorra á la lumbre, la cual recoge precipitadamente y se la pone.*) ¡Cáspita! .. Por poco se me quema... Señor!

- DANIEL. ¡Siempre durmiendo!...
- PABLO. ¿Qué queréis? al calorcillo de los troncos de leña...
- DANIEL. (Colocándose á un lado de la escena con Pablo, para no ser oído de los escribientes.) Llevaste mi carta á la señorita Rosa?
- PABLO. La llevé, si señor.
- DANIEL. ¿Te dijo algo?
- PABLO. Despues de leerla me dijo... «Diga usted al señorito que está bien.»
- DANIEL. Bueno; y no digas nada á Isabel, ¿lo entiendes?
- PABLO. Lo entiendo; pero no sé si podré ocultarle...
- DANIEL. ¿Cómo?
- PABLO. ¡La quiero tanto!... ¡Es tan buena!... que engañarla así...
- DANIEL. ¿Y quién la engaña?
- PABLO. Señorito, francamente... Habeis virado en redondo anclando en otro puerto... ¡Pobre Isabel!... Luego, con ese bigote y esa perilla que os habeis dejado crecer... y vuestras comedias...
- DANIEL. ¿Con qué has creído que Rosa?..
- PABLO. Yo tengo mucho olfato... Rosita... es una fragata muy empavesada, que navega á todo trapo, y vos le habeis puesto la proa... Ya se vé, es una bailarina de rumbo... y como son tan graciosas... y tan encantadoras... usted dijo, aquí me zampo...
- DANIEL. Y vamos... ¿á tí qué te importa?
- PABLO. ¿Qué me importa?... Ya os he dicho que su padre, era sargento primero de mi compañía, y al morir hace seis años, me encomendó la custodia de Isabel, yo la he colocado en el taller de vuestro padre, y os encaprichásteis con ella; enhorabuena; pero no para que la pobre sufra estos...
- DANIEL. ¡Silencio!... que pueden escucharnos los escribientes. Eres un viejo marrullero que haces misterio de todo. Yo no tengo nada que ver con Rosa. Anda ahora, y dile á Isabel que esta noche no podemos

- vernos en el teatro, porque ella debe ir al principal en tu compañía, y yo voy al otro donde se estrena mi drama.
- PABLO. Por supuesto, usted ha dicho... en la variación está el gusto... y por eso...
- DANIEL. No seas malicioso, Después te vas al cuarto de mi madre, que ya se está vistiendo para ir también al teatro, y que te instruya y entere bien de lo que has de hacer esta noche.
- PABLO. Pues señor: sea todo por Dios. (*Se dirige á la puerta de la derecha.*) ¡Al freir será el reir!... (*Váse.*)

ESCENA III.

DICHOS, menos PABLO.

- DANIEL. (*Pasea por la escena: pausa.*) Y efectivamente que la amo: ¡es hermosa! ¡tiene tantos atractivos!... Isabel es un ángel... ¡pero Rosa es encantadora!
- TIBURCIO. Señor me haceis el favor? (*Acércase Daniel á la mesa.*) ¿Qué dice aquí? (*Mostrandole una cuartilla en borrador.*)
- DANIEL. «La rara destreza alabo,
por su gracia sempiterna,
del que puso en mi linterna,
en lugar de vela...»
- TIBURCIO. Basta, lo demás está bien claro. Esta es una redondilla de Quevedo.
- DANIEL. Justamente.
- TIBURCIO. ¡Y de un color verde bastante subido!...
- DANIEL. Sí; pero están de moda ahora en el teatro esos colores, y yo sigo la corriente de los poetas modernos, salpicando de chistes mis obras.
- TIBURCIO. Mas el público puede cansarse señor don Daniel, y estallar un día como un huracán...

- DANIEL. ¡Dios nos libre!
- TIBURCIO. ¡Quereis que sustituya este verso con otro de color mas agradable?
- DANIEL. Bien, me es igual: al fin y al cabo me corregis con acierto mis comedias, y por si acaso....
- TIBURCIO. Ved con cual lo sustituyo—Sostenedme con flores—cercadme de manzanas—por que desfallezco de amor.»
- DANIEL. ¿De donde es eso?
- TIBURCIO. De la Biblia: Sagrada escritura.
- DANIEL. ¡Magnífico!
- GONZ. Muy bien, señor Tiburcio.
- DANIEL. (*Acercándose á Gonzalez.*) Y vos amiguíto, haceis ya mejor letra.
- GONZ. Vedlo.
- DANIEL. Bien: ¿pero qué habeis puesto aquí?...
- GONZ. El título de la Comedia— «*Los hombres fieles*» cuyo argumento es tomado de otra pieza en un...
- DANIEL. ¿Que diablos habeis hecho? Romped esa portada y poned en otra,—«original de dos ingenios, don Nicomedes Chapalangarra, y don Daniel Benamejí de Azpicueta.»
- GONZ. Pero señor don Daniel, todo el mundo sabrá que este argumento és de una pieza francesa...y...
- DANIEL. ¿Eso qué importa?
- GONZ. ¿Y la prensa?
- DANIEL. ¿La prensa?...Si algun periódico lo publica, escribo un comunicado, diciendo, que lo mismo hizo don Fulano, don Zutano y don Mengano con sus obras tales, cuales y aquellas...y...
- GONZ. Perdone usted: mas eso no le salvará de la crítica en mi humilde opinion.
- DANIEL. Esos son escrúpulos pueriles: un poeta como yo de nombre y reputacion, adquiere siempre, haciendo ruido, mas renombre.
- GONZ. Adelante.

- DANIEL. (*Acercándose á Luis.*) ¡Hola!... bien... Mi drama favorito: mi obra maestra—un baile fantástico, en el segundo acto donde coronan á Cleopatra por orden del rey Wamba:—la luz eléctrica: ¿Que tal os parece mi última produccion?
- LUIS. Señor, es una obra soberana.
- DANIEL. Bien; ¿y habeis entendido el borrador entrerenglonado del primer acto, en donde dice la sombra de Isabel la Católica, que don Pedro I de Castilla no fué cruel, sino ¡justiciero?
- LUIS. Con bastante trabajo; pero no he dejado de copiar ni una sola letra.
- DANIEL. Corriente: Veo que de esta vez, vais á salir todos poetas,
- PRIETO. A eso aspiramos; y con tal maestro...
- DANIEL. Dia llegará en que vuestros nombres se inscriban en el catálogo de los escritores dramáticos.
- GONZ. Otros con menos motivos, ya lo estan, y con letras muy gordas,...
- DANIEL. Eso es una gran verdad: somos pocos escritores de corazon, y por eso el teatro está agonizando.
- PRIETO. Lo ha invadido tal nube de poetas...que si Dios no lo remedia...
- DANIEL. (*Sacando el reloj.*) Son las siete y media: vamos á lo principal: tengo que vestirme, y por hoy, bastante se ha trabajado. (*Dejan todos de escribir y se levantan.*)
- PRIETO. Teneis razon
- DANIEL. Y bien, mis amigos: ¿Sabeis ya el plan de esta noche?
- GONZ. A las mil maravillas:—Yo y Luis al teatro principal, y apladiremos vuestro comedia en su estreno, cuyo titulo ha hecho tanto ruido en Madrid — «Santiago matando Moros.»
- DANIEL. Es lo mas esencial: Un título que sorprenda: Vaya un cigarro habano. (*Saca la petaca y todos toman*

un puro.) Y vosotros Prieto y Tiburcio, al otro Teatro: ¿no es eso?

PRIETO. Muy bien! ¿Qué Drama habeis escrito!... yo lo copié: ¡que pasages tiene!

DANIEL. ¡Y que buen título!

FRIETO. ¡Oh... sí!...—«Las Catacumbas de Jerusalem.»

ESCENA IV.

DICHOS.—PABLO por el fondo.

PABLO. Señorito, un Caballero que espera en la antesala, me ha dado esa targeta para usted.

DANIEL. (*leyéndola.*) De parte del Conde de la Enramada. (*á Pablo.*) Que pase (*Dando la mano á los escribientes.*) Señores, hasta despues.

TODOS. Señor don Daniel... (*Saludan y vanse por la derecha. Se presenta en la puerta del fondo don Enrique á una seña de Pablo, y se vá éste al entrar aquel.*)

ESCENA V.

DANIEL.—D ENRIQUE.

ENRIQUE. Beso á usted la mano. (*desde la puerta.*)

DANIEL. Adelante. ¿En qué puedo complaceros?

ENRIQUE. Soy poeta y amigo del señor Conde de la Enramada, que creo lo es vuestro.

DANIEL. Sí, y le aprecio mucho. Sentaos (*Se sientan.*)

ENRIQUE. Mi nombre es Enrique Selva.

DANIEL. No tengo el honor...

ENRIQUE. Justamente; y aunque no soy conocido, me anuncio como poeta, por que he escrito un drama, el cual me dicen todos mis amigos, á quienes lo he leído, que es una obra regular.

DANIEL. ¿Qué título tiene?

ENRIQUE. La Giralda. Este es. (*Le dá un manuscrito que Daniel lee para sí.*)

DANIEL. ¡Ah! ya, la de Sevilla.

ENRIQUE. No señor, alude á otra que hay parecida en Venecia. Quisiera verlo en escena, y ando rodando hace cuatro meses por entre bastidores, y no consigo mis deseos.

DANIEL. ¡Oh, amigo mio!... Esa música de los bastidores se parece al órgano de Móstoles.

ENRIQUE. ¡Es una verdad!... pero es un órgano cuyas teclas yo no las entiendo.

DANIEL. No es muy fácil.

ENRIQUE. Vos, señor don Daniel, sois ya práctico, y como os habeis conquistado un nombre, me acojo á vuestra proteccion; y si de algo os sirve la amistad que me dispensa el señor conde...

DANIEL. ¡Canario!... (*Aparte admirándose de lo que lee.*)

ENRIQUE. Os ruego que influyais á este fin con la empresa del teatro principal...

DANIEL. (*Leyendo en voz alta, sin parar la atencion en lo que ha dicho Enrique.*)

—«Dejad que lloren en amargo llanto,
de mi pátria querida los horrores:
dejad al corazon que en su quebranto,
latir á penas pueda en sus dolores:
dejad que nuble al cielo oscuro manto
ocultando del sol sus resplandores,
que si su maldicion el cielo lanza,
aun en el porvenir hay esperanza.»

ENRIQUE. ¿Qué os parece?

DANIEL. Bien. (*Aparte.*) ¡Demasiado bien!... (*Sigue leyendo en alta voz.*)

—«Dos ejércitos grandes combatieron
desde que el mundo su existencia viera:
poderosos los dos, jamás ccdieron,
porque lagos de sangre el mundo fuera:

¡Lagos de sangre fué!... muchos murieron,
sin que acaso la historia lo supiera.

¡Hasta cuando la sangre á borbotones,
ha de correr, de nobles campeones?...»

(*Aparte.*) Pues señor, son unos versos de cro.
(*Entregándole el manuscrito á don Enrique.*)

Hacedme el favor de abrir el manuscrito por cual-
quiera parte, y leedme un poco.

ENRIQUE. Con mucho gusto. (*Leyendo en alta voz.*)

«—¡A Dios mis dorados sueños:

mis ilusiones perdidas:

á Dios glorias tan queridas

recuerdos de mi pasión.

Si por mi mal recoji

espinas en vez de flores,

no mas venturas ni amores:

sufre y llora corazón!...

Sufre sí, volviendo al alma,

la paz tan apetecida,

que tormentos en la vida

me dió solo mi pasión.

Escuchar quiero sereno,

libre ya de mis amores,

la voz de los ruiseñores:

aunque llora el corazón.»

DANIEL. Basta, bien; abrid el manuscrito por otro lado.

ENRIQUE. Este es un diálogo del Dux de Venecia y su esposa
Constanza. (*Leyendo en alta voz.*)

DUX. —«Y si ambiciono el poder,

y si el poder yo desiendo

de noble Dux, es tan solo

porque luzcas tú, mi dueño,

rica púrpura en el manto:

perlas en tu talie esbelto:

toracios que den al sol

envidia con sus reflejos,

y en tu diadema brillantes
que den brillo á los luceros,
que así estarás mas hermosa.

CQNT. Gracias Dux... os lo agradezco »

DANIEL. Pues señor, le doy á usted la enhorabuena. Quien escribe versos tan sublimes, se puede nombrar poeta.

ENRIQUE. Gracias, me favoreceis demasiado, y espero...

DANIEL. Si, mañana hablaré al empresario del teatro: esta noche no puedo, porque ya sabreis...

ENRIQUE. Que se estrenan dos producciones vuestras?

DANIEL. Efectivamente.

ENRIQUE. Pues doy á usted las gracias anticipadas y mañana nos veremos en el teatro. (*Levantándose.*)

DANIEL. Eso es; y le presentaré á usted además al primer actor y director de escena. Así es mejor: usted mismo verá como le recomiendo con toda eficacia...

ENRIQUE. (*Dándole la mano á don Daniel.*) Con que hasta mañana, amigo mio.

DANIEL. A Dios; hasta mañana.

ESCENA VI.

DANIEL.

¡Vive Dios que los versos son buenos!... pero el diablo que sepa lo que habrá por.... ¡y que titulo!... —La Giralda!.. Lo que es por mi conducto no ha de verlo en escena; yo hablaré antes de todo al primer actor del teatro principal, para que ese poeta no me haga sombra... porque la caridad bien entendida empieza por uno mismo...

ESCENA VII.

DANIEL—PABLO—y despues doña TADEA.

PABLO. (*Desde la puerta del fondo*) La señora doña Tadea de San Martin.

DANIEL. Que pase—(Pablo hace señas á doña Tadea que entre; y se vá.)

TADEA. Señor don Daniel...

DANIEL. Señorita, ¿usted per la corte?

TADEA. Si amigo mio: desde que nos han construido el ferrocarril de Toledo á Madrid, es un viaje tan cómodo, que acabo de llegar, y me vuelvo mañana temprano.

DANIEL. Tened la bondad... (Le indica que se siente.)

TADEA. Gracias: pues como dispongo de tan corto tiempo, aprovecho este dia que no hay funcion en el teatro, para venir á suplicaros, que me escribais una comedia para estrenarla en mi beneficio: ó un Drama; que me es igual. *La pesca del Atun* os ha dado mucha fama, y deseo para ese dia una obra de vuestra imaginacion fecunda... ¿Me hareis el favor de complacerme?

DANIEL. Con mucho gusto. Es decir, precisamente escribir una obra para que se estrene en el teatro de Toledo, en el dia de vuestro beneficio, ya veis que esto no es posible; pero todo se puede conciliar: decidme, ¿cuando tendrá efecto?

TADEA. El dia quince del mes entrante.

DANIEL. Perfectísimamente.

TADEA. Conozco que tendreis que andar muy deprisa y que vuestra musa me sacará de este apuro...

DANIEL. Creo que sí: apropósito; (*levantándose y tomando uno de los manuscritos de la mesa*) aquí estoy concluyendo un drama de gracioso para el beneficio de la primera dama del teatro principal de esta Corte. Y ya veis que casualidad: se pondrá en escena el mismo dia quince que se verificará el vuestro.

TADEA. Pues bien, entonces...

DANIEL. Os mando sacar un ejemplar y os lo remito á Toledo dentro de seis dias... y de ese modo...

TADEA. Convenido.

DANIEL. Es un drama del cual podeis sacar un gran partido.

Es verdad que está muy recargado el papel que debéis en él desempeñar; pero siendo para vuestro beneficio, y siendo, como sois la primera actriz de vuestro teatro, y la primera según la fama, de las actrices de los teatros de provincias en España ..

TADEA. ¡Señor don Daniel!... ¡me ruborizais!...

DANIEL. Señora... la verdad no es más que una: vuestro mérito en la escena, es reconocido por todos, menos por vuestra modestia.

TADEA. Gracias. ¿Y qué título le habeis puesto?

DANIEL. Como es un drama histórico, debe significarse su origen en el título (*leyendo la portada del manuscrito*) —«Los Encantos del Nigromante encantador Marqués de Villena.»— Drama fantástico en tres actos en verso.»

TADEA. ¡Escelente!... ¡Como de vuestra imaginación!

DANIEL. Pits... ya veis, yo no soy más que un recluta afiliado á ese batallón de poetas que se está formando... Os voy á leer el final del primer acto, en donde Judit es reconvenida seriamente por don Enrique el Doctante, que de ninguna manera aprueba el que cortara la cabeza á Holofernes, y por ello...

TADEA. ¡Judit y don Enrique?...

DANIEL. (*Aparte*) ¿Si habré dicho una barbaridad? por que en historia, francamente, no estoy muy fuerte. Deciais que...

TADEA. Perdonad la advertencia... pero... me parece que de la época de don Enrique á la de Judit, van algunas generaciones... y...

DANIEL. (*Aparte*) ¡Me pescó!... Salgamos de cualquier modo del apuro.) Señora... es claro... ¿quien lo duda?... pero como no he concluido el periodo de explicación de estos dos personajes, y habeis olvidado que este es un drama fantástico, y de gracioso, no discurrís que la Judit, aparecerá en escena como alma del

otro mundo... así como también el Rey don Enrique el Doliente...

TADEA. ¡Ah!... ya!... Dispeasadme...

DANIEL. Puesto que evocando la sombra de este gran personaje, hace ver el Marqués de Villena al Rey don Enrique, el Doliente, todo el poder de su nigromancia. Precisamente este final del acto primero, es el que mas caracteriza al protagonista del drama.

TADEA. Os vuelvo á pedir mil perdones: de pronto, me habia ofuscado; y he cometido una imprudencia que ospero me...

DANIEL. Estais dispensada. Tened la bondad de escuchar estos versos y fijad vuestra atencion en la forma de reconvenir el Rey don Enrique [á la sombra de Judit.

«REY.— Respeto Judit honesta (*declamando*)
vuestra rara honestidad;

pero es una grande calamidad

que por no estar muy alerta

Holofernes valeroso,

os cegára la fiereza

por cortarle la cabeza,

ya que él no fué bien cauteloso.»

TADEA. (¡Jesus, cuanto disparate!...)

DANIEL. Escuchad:

«Y por lo tanto, Judit,

es una gran judiada,

que loca y entusiasmada

cometieras tal desliz:

yo no lo apruebo en la esencia:

en la forma, eso ya es otra cosa;

que al fin, si bajó el pobre á la fosa

tenga Holofernes paciencia.»

TAD. ‘Muy bien!... (¿Y este es el poeta que ha conquistado tanto renombre?... ¡que aberracion!...)

DANIEL. ¿Con que os parece bien?

TADEA. ¡Oh si, señor,...mucho!...

¿Quereis que os explique á grandes rasgos el argumento?

TADEA. Si, si.

DANIEL. La escena pasa en un pais que hay mas alla de la China,

TADEA. ¡Hcla!...

DANIEL. Hay un degüello general: la entrada triunfal del ejército que atraviesa la escena: un milagro que convierte en ranas á todos los soldados, y un patíbulo en el tercer acto, de gran efecto.

TADEA. ¡Soberbio!...

DANIEL. Como os digo, mas allá de la China hay un pais que se conoce por el nombre de la Australia glacial: á un lado de la Zona Tórrida...

TADEA. ¡Ah!... ¡La Zona Tórrida!... (vamos está loco!...)

DANIEL. Pues bien, en la Corte, la mitad de los habitantes son enanos, y la otra mitad gigantes: los enanos habitan en un barrio que los separa de los otros por un puente colgante que tiene un cuarto de legua. Dichos enanos, se sublevan por una ley que dicta el monarca en la cual les prohíbe usar botas con espuela dorada. Estalla el motin, y las tropas degüellan á todos los enanos, menos al jefe de la conspiracion, que es sentenciado á muerte. El jefe de la conspiracion, lo será el gracioso, que vestido de enano para no ser conocido, capitanea la tropa y cae prisionero. Lo llevan al patíbulo, y con asombro de la muchedumbre, se levanta de pronto, y se convierte en un angelote, y el Rey que está presente al ver esta metamorfosis, le perdona la vida.

TADEA. ¡Perfectamente!... ¡Ay!... pero se me ocurre una dificultad...

DANIEL. ¿Cuál?

TADEA. ¿Cómo vá á desempeñar el papel de enana el gracioso de mi compañía que es mucho mas alto que vos?...

DANIEL. Muy facilmente: se viste de mujer con un traje muy corto y muy alluecado: procura colocarse á la espalda unas alas de plumas que llevará ocultas con un resorte: encoje las piernas, y parecerá una enana: por ejemplo, ahora lo vereis. (*Toma una de las carpetas de los escribientes que habrá en una de las sillas, se la pone, se encoje todo lo posible de piernas, y anda por la escena: doña Tadea se rie.*) ¿Lo veis? esto es muy sencillo. Al llegar al patíbulo, se levanta, y dando al resorte de las alas, se coloca en esta actitud: (*Adelanta la pierna derecha, alza la izquierda y eleva los brazos.*) ¿Y quién duda que parecerá un angelote?

TADEA. (*Riéndose à carcajada.*) ¡Sois el mismo diablo!... Pero decidme señor don Daniel, ¿no sería mejor que le tituláramos drama espantoso, por aquello de la degollacion de los enanos? . . Ya veis, la catástrofe es horrible... y...

DANIEL. No señora; porque despues, el rey espantado de la mortandad y en vista de una nota que le pasa el gobierno Inglés y el Ruso, manda á su médico de cámara, el cual ha descubierto un bálsamo para resucitar á los muertos, que salve á todos los enanos, y el médico cumple la órden del rey, volviéndoles la vida.

TADEA. ¡Ah!... ya... Entonces está muy bien...

DANIEL. ¡Yo lo creo!

TADEA. Corriente, no os quiero detener mas, que ya se acerca la hora del teatro, y esta noche segun he leído en los periódicos, es noche de ocupacion para vos y de ansiedad.

DANIEL. ¡De ansiedad! sí, señora.

TADEA. Señor don Daniel, beso á usted la mano.

DANIEL. Señorita doña Tadea, estoy á los piés de usted. (*dandose las manos.*) Con que quedamos en que le mandaré á usted una copia de mi drama.

TADEA. Bien; cuando gustéis. (No seré yo quien lo ponga en escena!...)

ESCENA VIII.

DANIEL.

Si me aturdo, caigo en ridículo cometiendo un tremendo anacronismo histórico: ¡y hubiera sido buen lance!... ¡con la primera actriz del teatro de Toledo!... ya, ya, la fortuna que acudí á tiempo!... Estas actrices y estos actores del día, es claro, no son como los comediantes de antaño: de modo que necesita uno con ellos andarse con piés de plomo. Ya se vé, en ese Conservatorio de Artes bajo la direccion de distinguidos profesores de declamacion, se educan y adquieren vastos conocimientos, que si bien son necesarios, hablando en general, á veces son inoportunos, como en la ocasion presente: voy pues á anotar este incidente de la sombra de Judit, con el cual tengo que variar todo el plan del drama. (*Se sienta á escribir.*)

ESCENA IX.

DANIEL.—PABLO—ISABEL.

PABLO. (*Parado á la puerta del foro con Isabel.*) Ahí le teneis, firme con él, que hace traicion á vuestro amor.

ISABEL. ¡Ingrato, yo que le amaba tanto!...

PABLO. Animo, ¿qué no te atreves?

ISABEL. ¡Tengo un miedo!...

PABLO. ¿Y por qué? vamos hija mia, con que ahí os quedais, á Dios.

ESCENA X.

DANIEL.—ISABEL.

- DANIEL. (*Levantándose.*) Ya lo arreglé todo.
- ISABEL. ¡Ay Dios!...
- DANIEL. (*Volviéndose á Isabel.*) ¿Estais ahí... de centinela?...
- ISABEL. He venido, porque Pablo...
- DANIEL. ¡Pablo es un traidor!
- ISABEL. Y vos sois...
- DANIEL. ¿Qué?...
- ISABEL. ¡Un ingrato!
- DANIEL. Gracias.
- ISABEL. Antes, erais amable conmigo, y vuestro amor...
- DANIEL. ¡Mi amor! Perdóname Isabel: esta noche no puedo pensar en nada: con mis comedias, estoy violento... y ya ves, un lance en el que se juega el todo por el todo...
- ISABEL. Sí; pero es el caso que me habeis hecho desgraciada, y yo quisiera que fuerais mas amante y menos poeta.
- DANIEL. Ya os amo Isabel.
- ISABEL. Pues no se conoce... ¡infeliz de mí!... ¡abandonarme por otra mnjer!...
- DANIEL. (*Aparte.*) ¡Maldito viejo: todo se lo ha dicho!... Os han engañado: yo soy, como siempre, vuestro amante; pero ya lo veis, estoy tan atareado escribiendo... ¿Qué culpa tengo yo de haber adquirido tanta fama?
- ISABEL. ¿Y qué tiene eso que ver con mi amor?...
- DANIEL. ¡Pobre Isabel!... ¡casi siento hacerla traicion!...
- ISABEL. Bien os lo dije: os habeis encumbrado tanto, que necesitais seguir la moda de esa sociedad que frecuentais... y la atmósfera impura que...
- DANIEL. Estais equivocada: si yo os amo Isabel.

- ISABEL. Lo sé todo: os habeis pervertido: me estais engañando, y eso es una iniquidad!...
(*Aparece Pablo en el fondo.*)
- DANIEL. Vamos, tranquilizate: si yo...
- ISABEL. ¡Tú has mentido á la mujer que te ha consagrado todo su cariño; y loco, envanecido con tus triunfos, y con los alhagos mentidos de una despreciable rival, à quien aborrezco, has jugado con mi amor, y has hecho mil pedazos el corazon: que sintió por primera vez el fuego puro de las pasiones, y está ahora sintiendo la horrible de los celos!
- PABLO. (*Aparte desde la puerta.*) ¡Bien!... ¡fírme con él!...
- DANIEL. ¡Pero Isabel!... si ya te he dicho...
- ISABEL. ¡Tú ya no mereces sino el desprecio!... recojed los trofeos de vuestra brillante carrera de poeta; que si os aplaudieron una vez... quizás... ¡Dios quiera que esta noche obtengais nuevas glorias!... pero os advierto, que la fortuna es muy inconstante, y que el hombre que pisa las flores que encuentra en su camino, alzando la frente con orgullo, y queriendo dominar al mundo con su altiva mirada, puede ser víctima de su ceguedad...
- PABLO. ¡Qué bien se explica!... ¡Cómo se conoce que ha leído muchas novelas!... (*Váse.*)
- DANIEL. Os repito Isabel que estais en un error, y por último; soy libre como el vuelo del aguila, y puedo remontarme como ella en alas de mi fortuna, hasta el cielo.
- ISABEL. ¡Infame!... traidor!... ¡otra cosa debia yo esperar de tus protestas de amor!... (*Llorando.*)
- DANIEL. Vamos, Isabel, tranquilizaos: ahora estoy muy preocupado: ya ves, esta noche, es para mí, noche de sobresalto, y ya lo sabeis; andad, mi madre os espera en su habitacion.
- ISABEL. (*Dirigiéndose á la puerta de la derecha.*) Bien

Daniel, me iré; ya veo que te precipitas... y que al fin...

DANIEL. Bien, bien, vamos ya hablarémos.

ISABEL. (*Desde la puerta.*) ¡A Dios!... ¡Qué desgraciada soy!...

ESCENA XI.

DANIEL.

¡Esta Isabel, me abruma con su cariño!... Pero pensemos en lo principal. Perfectamente: este año gano mas de cien mil reales con mis producciones: ¿quién lo duda? Esta noche se representan dos, que San Bruno me las libre de todo mal; despues otras dos para beneficios; y en seguida despacho las otras que estoy concluyendo. Mucho me he entretenido: (*sacando el relój.*) las ocho y cinco minutos: voy, voy á ponerme la levita corriendo. (*Vase por la izquierda*)

ESCENA XII.

PABLO.—DOÑA RAIMUNDA.—DON CRISPULO.

RAIMUN. Vaya, vamos disponniédolo todo, y nos iremos al teatro, que ya es hora. (*Dirigiendose á Pablo,*) ¿Con que dices que la primera dama del teatro de Toledo ha venido á encargarle comedias?

PABLO. Sí, señora.

RAIMUN. ¿Lo ves Crispulo, te convences ahora de que Daniel es un muchacho de talento?

CRISP. Pist... ahora sí, mujer: ya le han aplaudido una comedia, y las demas, las fabrica en el aire.

RAIMUN. ¿Estás bien enterado Pablo?

PABLO. Lo estoy; pero eso de tener que vestirme de caba-

llo para ir al teatro y aplaudir la comedia del señorito, la verdad, no me gusta.

RAIMUN. ¡Calla y no seas atroz!... ¿Has comprado la corona segun te dije?

(Don Crispulo se acerca á la mesa, se sienta, y colocándose los gemelos en las narices, repasa los manuscritos, notándose que de vez en cuando gesticula como entusiasmado de lo que lee.)

PABLO. La compré, y bien grande: con unos lazos encarnados, magníficos, de cinta ancha.

RAIMUN. Y bien, ¿cómo has de arrojarla desde el palco si no vas decente? Que no te se olvide nada de cuanto te he encargado: atiende, Gonzalez y Tiburcio van contigo al palco, y Rafael y Antonio, á los que colocarás á retaguardia. Tú, te sientas en la delantera y enfrente de tí, Isabel.—Todos, me parece que sois partidarios de mi querido hijo Daniel;—y ciudadano, cuando oigas que el público empieza á rebullirse, esto es, á hacer ruido, te pones en pié, sacas el cuerpo hácia adelante, y arrojas al escenario la corona, gritando con toda la fuerza de tu voz:—«para el autor.»

PABLO. Corriente....

DANIEL. Con que vamos, entra ahí al taller, y dile al Cojo que te vista de gala, segun le he prevenido, con las mejores prendas de los parroquianos, puesto que hay abundancia de ellas colgadas en las perchas.

PABLO. Quedo enterado. *(Se dirige hácia el taller y va diciendo aparte:)* ¡Vaya una broma pesada!... ¿que entiendan yo de coronas ni de aplausos?... en fin... *(Gritando cerca ya de la puerta.)* Cojo... Cojo...

EL COJO. *(Desde dentro)* ¿Quien me llama? *(Se presenta en la puerta).*

PABLO. Atiende Cojo, la de Carlos III.—«Vísteme despacio que estoy de prisa;» *(Entran los dos en el taller),*

ESCENA XIII.

DOÑA RAIMUNDA.—DON CRISPULO.

- RAIMUN. ¿Que haces Crispulo?
CRISP. Repasando estos papeles: ¡Cuantas comedias!
RAIMUN. ¡Si es mucho el talento de ese chico!
CRISP. Mira, mira, una pieza en un acto.—«El trueno gordo y diez muertos y ningun difunto.»
RAIMUN. ¡Que gracioso es mi Daniel escribiendo!... ¡Y que trágico cuando escribe dramas!... El hace á pluma y á pelo. ¿Te acuerdas Crispulo de *La pesca del Atun*, cuando sale aquel señor, y le dice al otro caballo que entra,—«quítese usted el sombrero».. y entonces le contesta:—«gracias señor don Tadeo; pero no me dá la gana»?...
CRISP. (*Se rie á carcajadas.*) ¿Pues no me he de acordar?... ¡Que chistoso!... pero en verdad, Raimunda, que apesar de todo, á veces estoy tan escamado de que nuestro Daniel... en fin, ya veremos esta noche...
DANIEL. ¡Tú siempre con el mismo tema!... Ya lo verás, como aplauden...

ESCENA XIV.

DICHOS.—PRIETO.—TIBURCIO.—GONZALEZ.—LUIS.—Y cuatro oficiales de sastre.

- PRIETO. Ya estamos todos aquí.
RAIMUN. Muy bien: sois puntuales: Hola, ¿Tambien vosotros?
UN OFI. Sí señora: hemos sorteado al As deoros para ver á quien le tocaba la suerte, y nos ha tocado á nosotros cuatro: los demás oficiales se quedan rabiando en el taller.
RAIMUN. El Cojo, sobre todo, lo habrá sentido mucho?...
UN OFI. ¡Muchísimo!... ¿pero que remedio? Los ocho oficiales

- de la tienda no podíamos ir, porque hay mucho trabajo.
- RAIMUN. Y además, no pueden venir todos al teatro: la casa no había de quedarse sola.
- UN QFI. También las oficialas han sorteado, menos Isabel, que esa no ha entrado en suerte, porque de todos modos había de ir: mírelas usted señora, maestra, aquí vienen.

ESCENA XV.

DICHOS.—ISABEL.—dos oficialas de sastré.

- ISABEL. ¡Buenas noches señora!
- RAIMUN. Muy buenas Isabelita: ¿Con que estamos todos? (*Dirigiéndose á Luis.*) ¿Y el señorito?
- LUIS. Yo no sé: se despidió de nosotros diciendo que iba á vestirse.
- RAIMUN. Estará en su cuarto: pues mucho tarda y son las ocho y doce minutos!..
- CRISP. ¿Que hacemos aquí detenidos? Vamos Raimunda.
- RAIMUN. Esperamos á Daniel.
- CRISP. Ya se habrá marchado.
- RAIMUN. No puede ser: si quedamos en ir todos juntos: aquí llega.

ESCENA XVI.

DICHOS.—DANIEL, poniendose los guantes.

- DANIEL. Bien, señores: favorecido vá á estar esta noche el teatro.
- CRISP. Ya lo creo: si vamos un regimiento.
- RAIMUN. (*Arreglándole la corbata á Daniel.*) Jesús, que torcida la llevas!..

- DANIEL. No me cuido de eso, madre: los poetas, no pensamos en loslazos de las corbatas.
- RAIMUN. Sí; pero es preciso que la lleves bien colocada, para cuando el público pida el autor, que salgas en toda regla.
- DANIEL. ¿Con que estamos todos?
- LUIS. Si señor,
- DANIEL. Pues vamos. (*Se dirige á la puerta del fondo.*)
- RAIMUN. ¡Que pesadez de viejo!... ¡Pablo... ¡Pablo!... (*gritando.*)
- PABLO. (*Desde dentro.*) Allá voy señora.
- CRISP. ¿Y que hace Pablo que tanto tarda? ¡Pablo!
- RAIMUN. Vestirse. ¡Vaya que gasta mas cachaza!...

ESCENA XVII.

DICHOS.—PABLO que sale como escapado, parándose de pronto á dos pasos de la puerta. Viste pantalon encarnado, chaleco azul, corbata amarilla, frac negro, y sombrero blanco de copa alta, celgándole del brazo, una enorme corona, con unos lazos encarnados, que arrastrarán por el suelo.

- PABLO. Ya estoy listo: señora. (¡Que prisa gastan!...)
- LUIS. (*Aparte á Prieto.*) ¡Qué arlequin!... (*Señalándole á Pablo.*)
- PRIETO. (*Aparte á Luis.*) ¡Cosas del Cojo, que es el demonio!
- CRISP. Ea pues, en marcha todo el mundo. (*Reparando en Pablo.*) ¡Estás muy elegante!...
- PABLO. Sí; pero aunque la mona se vista de seda, mona se queda.
- RAIMUN. (*A D. Crispulo.*) Dame el brazo, Crispulo.
- CRISP. Ahí le tienes esposa. (*Se dirigen á la puerta del fondo, por en medio de la calle que habrán formado los oficiales de sastre y escribientes, doña Raimunda y su esposo, y detrás Pablo é Isabel, del brazo; al llegar cerca de la puerta, se desprende doña Raimunda del brazo de D. Crispulo.*)

- RAIMUN. ¡Ah!... ¡Se me olvidaba lo mejor!... ¡mi corona!...
(*Se va á la mesa, abre el cajon, y lo hace con tal impetu, que arroja al suelo uno de los bustos de yeso que hay encima, á cuyo ruido salen del taller Manuel, el Cojo, Ricardo y Benavides.*)
- EL COJO. ¿Que ruido es ese?..
- RAIMUN. Nada: buen viaje; del suelo no ha de pasar.
- CRISP. ¿Que has hecho, mujer?
- RAIMUN. Lope de Vega ó Calderon de la Barca que ha muerto.
(*Saca del cajon una corona y vuelve á cerrarlo.*)
Al fin y al cabo fueron dos poetas bien ramplones, comparados con mi hijo. (*Vuelve á cojerse del brazo de D. Crispulo.*) Vamos andando. (*Se detiene al llegar á la puerta.*) Oid, Cojo y Benavides, y vos otros todos, á vuestro cuidado queda la casa: no hagais alguna diablura.
- EL COJO. Señora maestra, id descuidada.
- BEHAVID. Y divertirse mucho: yo respondo que no habrá povedad.
- PABLO. ¡Buen sujeto!... (*Aparte.*)
- RAIMUN. Adios, hasta despues.
- ISABEL. (*Aparte.*) ¡Dios nos saque con bien!...
- PABLO. (*Aparte.*) ¡Pobre Daniel! ¡Quien mucho abarca..... poco aprieta.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Interior de un taller de sastrería.—Puertas laterales: al foro otras de cristales que dan á la calle.—Por las paredes, varias perchas clavadas, y en ellas, fracs, pantalones, levitas, chalecos y otras prendas de vestir. A la derecha de este taller, un velador con un belon de metal de cuatro mecheros encendidos, con pantalla.—Esparcidas por el suelo, varias herramientas del oficio de sastre: hácia el rincón de la derecha del foro, otro velador con luz.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO.—EL COJO.—MANUEL.—BENAVIDES.—JUANILLO, sentados en taburetes al rededor del velador, cosiendo: al lado de cada uno una espuerta donde tienen todo lo concerniente á su oficio. El Cojo estará planchando el cuello de una levita en una herramienta que usan los sastres al efecto, y le llaman guitarra.

EL COJO. Pues señor, no hay mas remedio que velar toda la noche.

MANUEL. Paciencia y barajar.

BENAVID. La culpa de todo esto la tiene el señorito don Daniel con sus comedias: es claro, si no se hubieran ido al teatro, Antonio, Domingo, Julio y el tuerto, velaríamos solo hasta la una de la madrugada.

- MANUEL. ¡Y está buena la noche para velar!... hace un gris que pela...
- EL COJO. Juanillo, tráeme otra plancha. (*Juanillo toma la que le dá el Cojo, entra en la trastienda y vuelve cuando se indique.*)
- MANUEL. Pero dime, Cojo, entre paréntesis, tú eres un hombre sin conciencia y sobre todo muy vengativo...
- EL COJO. ¡Yo?... ¿por qué lo dices?
- MANUEL. Lo decía porque no has tenido compasion del pobre Pablo...
- BENAVID. Es verdad: lo has vestido de arlequin y puede que le den un trueno esta noche en el teatro...
- RICARDO. Eso es no tener muy buena intencion...
- EL COJO. ¿Y qué había yo de hacer? Se empeñó la señora maestra en que lo vistiera de persona decente con las prendas que hubiera en el taller... no había mas que un pantalon del capitán de cazadores de Baza, el chaleco del lacayo del Conde de la Vega, y el frac de don Remigio...
- MANUEL. ¡Sí; pero aquella corbata amarilla!...
- EL COJO. Toma la corbata se la regaló la señora.
(*Vuelve Juanillo con la plancha, se la dá al Cojo y este le hecha una saliba para probar si está bien caliente.*)
- RICARDO. Lo cierto es que vá el pobre hecho un figuron...
- EL COJO. Juanillo, espabila ese belon; y échale aceite para cuando vengan las muchachas. (*Juanillo se entra con el belon en la mano á la trastienda, volviendo despues.*)
- MANUEL. ¡Mucho tardan!... para cenar una sardina y dos cuartos de higos con una rosca, gastan mas tiempo que si asistieran á un convite de un Ministro en noche de Navidad.
- RICARDO. ¿Y sabeis que me parece que Currito le hace la rosca á Rosario?
- EL COJO. Toma, pues sí Currito bebe los vientos por ella: no

se cómo ya no ha venido. (*Vuelve Juanillo y colocá el belon en la mesa.*)

MANUEL. Pues es verdad: no falta ni una noche de velada.

BENAVID. Se habrá ido al teatro, creyendo que vá ella.

EL COJO. No, porque ya sabe que no le tocó el As de oros: me lo preguntó esta tarde, y se lo dije.

MANUEL. Entonces de fijo le tenemos aquí esta noche: no tardará: mas le gusta á él echarle una flor á Rosario, que todas las comedias del mundo.

EL COJO. No lo niego; pero como la señora maestra ha convidado á toda su familia, es fácil que él se haya ido al teatro.

BENAVID. La señora maestra, segun eso, lleva á todo el barrio para que aplaudan la comedia del señorito don Daniel...

MANUEL. Yo lo creo, pues si ha convidado al maestro ojaltero, y al escribano, y á la familia de su primo el albeitar, y al señor procurador de la curia, y en fin, está dicho, á todo el vecindario.

EL COJO. Entonces no hay la menor duda: el señorito don Daniel sale adelante con sus comedias, y vá á adquirir mas fama que esos poetas antiguos el Morito, el Rojo, y el Tieso Molinero.

MANUEL. No los he oido nombrar en mi vida. ¿Quiénes son esos señores poetas?

EL COJO. Esos cuycs nombres y retratos están colocados en grandes medallones junto al telon de boca en el teatro de...

RICARDO. ¡Ah!... ya...

EL COJO. Pues... el Morito, el Rojo, y el...

RICARDO. ¡Qué Morito ni qué Rojo, ni Tieso Molinero!...

—Moreto, Rojas y Tirso de Molina, querrás decir?

EL COJO. Justamente, es igual, yo no entiendo de eso.

ESCENA II.

DICHOS.—RAFAELA.—ROSARIO,

RAFAELA. Buenas noches. (*Se quitan los mantos, y se sientan á coser al rededor del velador que hay en el rincon*).

ROSARIO. Buenas noches.

EL COJO. Hola familia ¡mucho habeis tardado!...

RAFAELA. Si son las diez y cuarto.

EL COJO. Y bien, os fuisteis á cenar á las ocho y media... y ya veis...

RAFAELA. Como vivimos tan lejos...

MANUEL. ¿Y no tienen la señora Rosario, ni la señora Rafaela, miedo á los ladrones?...

ROSARIO. ¿Nosotras?.. ¿Y qué nos han de robar?...

MANUEL. Vaya!... En Madrid no solo hay ladrones que se dedican á robar dinero...

RAFAELA. Si no os explicais mas...

EL COJO. Dice muy bien Manolillo... ¡hay mucha gente por ahí que anda de caza...

RAFAELA. Tampoco os entiendo.

EL COJO. A caza de ganga s... ¿Entendeis ahora?...

RAFAELA. Menos que antes.

EL COJO. Pues entonces sois muy torpe: quiere decir Manuel, que andan por ahí, por esas calles de Dios, escribiendillos de portal, al salto de mata... y dedicados al ramo de costureras, dan cada chasco que canta el misterio...

RAFAELA. ¡Ah!... ya!... Nosotras no tememos á esos avechuchos...

MANUEL. Pues mucho cuidado... que son a ves de rapiña... y gente que hace á pluma y á pelo... ¿No recordais aquel pasage de la zarzuela titulada *Una vieja*?...

ROSARIO. ¡Yo no voy nunca á la Zarzuela!...

EL COJO. ¡Ah!... ¿con que estais por?...

- ROSARIO. ¿Yo?. Cuando quiero oír música, me voy al teatro Real.
- EL COJO. ¡Vaya una extravagancia; pues yo soy al revés:— lo mismo es ver en un cartel el anuncio de la zarzuela *Por seguir á una muger, ó Entre mi muger y el negro*, que ya me estoy rascando el bolsillo, pelo arriba, para tomar un asiento de ignorancia.
- MANUEL. Yo también estoy por las zarzuelas: al fin y al cabo las óperas, como no entiendo el italiano... ¿Y á usted señora Rafaela, que le gusta más?
- RAFAELA. ¿A mí?—Las Comedias y los Dramas.
- EL COJO. Bien, la señora Rafaela está por la declamación?...
- RAFAELA. Sí, señor, por la declamación.
- EL COJO. Teneis un gusto muy raro; y muy pronto, estoy seguro, de que no vereis representar en ningún teatro de Madrid una comedia.— Todas han de ser Zarzuelas.
- RAFAELA. Pues no asistiré más al teatro.
- ROSARIO. Ni yo tampoco.
- EL COJO. Yo lo creo; pues dicen que hasta en el teatro Real, hemos de ver con el tiempo representarse *el Dominó azul y Zampa*:—Currito me lo ha dicho.
- ROSARIO. ¡Ah ya!... Estais de broma esta noche?...
- EL COJO. Sí, si, ya lo vereis...

ESCENA III.

DICHOS.—CURRITO, embozado en la capa por el foro

- RAFAELA. En nombrando al Rey de Roma...
- CURRITO. Caballeros, á la órden.
- MANUEL. Señor Currito, adelante y siéntese.
- CURRITO. Rosarito y Rafaela, buenas noches.
(*Se desemboza y se sienta.*)
- RAFAELA. Felices, señor Currito.
- ROSARIO. Muy buenas.

- EL COJO. Le hacíamos á usted en el Teatro.
- CURRITO. ¡Cáa!... Pues sí he llegado hasta la puerta con mi familia y no he podido encontrar quien me venda un asiento: está lleno de bote en bote.
- MANUEL. ¿Y qué dicen de la comedia del señorito? ¿se sabe, algo?
- CURRITO. Ahora he pasado por allí, y se sentía mucho ruido, como si apludieran. ¡Yo lo creo!... El señorito Daniel es un mozo de provecho, y hará fortuna con sus comedias.
- MANUEL. ¡Oh!... por supuesto: es todo un poeta. Si las de esta noche son tan graciosas como *La Pesca del Atun...*
- EL COJO. Y dígame V., Currito, ¿avisaron ya á los músicos?
- CURRITO. Claro, y no faltarán: á las diez y media en punto les he dicho que ncs esperen en la esquina: les damos un trago, y tan campantes.
- EL COJO. ¡Buena serenata le vamos á dar!...
- CURRITO. Se entiende, que al señorito nada le habeis dicho...
- MANUEL. Ni una palabra.
- CURRITO. Eso es, así, le sorprendemos: y cuando se concluya la funcion, y vuelvan del teatro, como estaremos en acecho, de pronto, rompe la música, y ya vereis qué jaleo se arma.
- EL COJO. ¡Y qué bronquis!... Vá á durar toda la noche; por que el señorito Daniel es muy generoso, y en viendo él que los oficiales del taller de su padre celebramos sus triunfos dándole música, echa la casa por el balcon, y manda por un tonel de moscatel y una pasteleria entera.
- MANUEL. Pues es claro.
- CURRITO. Y si él no lo hace, yo lo haré.
- EL COJO. Bien, señor Currito.
- CURRITO. Que tengo yo que obsequiar con un *pitisus* á la señora Rosario, para que no esté tan seria...
- ROSARIO. ¡Muchas gracias!...

- EL COJO. Y vamos á otra cosa: ¿cuánta música viene?...
- CURRITO. Toda la que acordamos: tres guitarras, dos violines, dos bandurrias, una flauta, y un triángulo.
- EL COJO. ¡Hola! ¿una flauta?... será el patizambo?...
- CURRITO. El mismo.
- MANUEL. ¿Y el romo será el del triángulo?...
- CURRITO. Justo y cabal, y los demás, los ciegos con bandurrias violin y guitarras.
- MANUEL. Perfectamente: orquesta completa.
- EL COJO. Vamos á ver, caballeros, ¿á que no os acordais de las canciones que hemos de cantar?...
- BENAVID. Yo sí.
- RICARDO. Y yo.
- MANUEL. Al pié de la letra.
- CURRITO. Veámos.
- MANUEL. «Dos cosas hay en la Corte—que hacen hoy un gran papel—el peluquero Sí Sí—y el poeta don Daniel.»
- EL COJO. Está bien, ¿y el estribillo?
- BENAVID. El mismo de siempre.—«Aya y ay que no valen—para la guerra—los Moritos que pierden—hasta sus tiendas.»
- CURRITO. Muy bien.
- EL COJO. Y á propósito, ¿qué dicen de los Moros?...
- CURRITO. Dicen que las Moritas se vienen todas á Madrid...
(con marcada intencion)
- MANUEL. ¿Cómo es eso?...
- CURRITO. Pues dicen, que desde que entró en Tetuan nuestro ejército, se han prendado de los españoles, y parece que llegan mañana por el ferro-carril, mas de novcientas noventa y nueve Moritas de las mas principales.
- EL COJO. Eso es la pura verdad: ayer mismo lo he leído en un periódico.
- MANUEL. ¡Atiza!... ¡Entonces no se armará mala tormenta entre Moras y Cristianas!...

- EL COJO. Que se arme: así serán menos ingratas las nuestras, y tendremos donde escojer.
- MANUEL. Y diga usted, señor Currito, ¿podremos tener aquí á pares las mujeres, ó á docenas, como allá en la Morería?...
- CURRITO. Hombre, eso creo que no: á docenas de ningun modo: dos ó tres, no digo que...
- MANUEL. Bien, pues me conformo.
- EL COJO. (*Levantandose.*) Muchachos, vamos á celebrarla: es una gran noticia la entrada en tritunfo de las Moritas de Tetuan, y de paso, reuniremos á la tropa de músicos, para dar al señorito Daniel la serenata.
- MANUEL. Vamos andando. (*Se levantan todos: el Cojo toma su mulcta, y los demás sus gorras y sombreros, disponiéndose para salir.*)
- ROSARIO. ¿Y nos dejais solas?
- EL COJO. ¿Si quereis venir á remojar la palabra con un chico de aguardiente?...
- RAFAELA. Gracias: pero no tardeis mucho: que dos mujeres aquí solas por la noche en la tienda...
- EL COJO. No os comerán por sopas: además el señor maestro y la señora maestra quizás no tarden ya mucho, y ya tendreis compañía. Con que adios. (*A los demás oficiales.*) ¿Vamos?
- TODOS. Vamos. (*Salen el Cojo y los demás oficiales por la puerta del foro, quedándose el último Currito, embozado en su capa y parado cerca de la puerta.*)
- CURRITO. ¿Con que no gusta usted, señora Rosario, de una copita de licor de lo fino?
- ROSARIO. No lo gasto, señor Currito, gracias...
- CURRITO. ¿Y usted, señora Rafaela?...
- RAFAELA. Tampoco lo bebo.
- ROSARIO. Cuando vengán las Moritas de Tetuan, puede que...
- CURRITO. Pues mire usted, es una desgracia... porque dicen que no lo catan en su vida...
- ROSARIO. Tienen buen gusto.

CURRITO. Ya se vé... pero en cambio, saben querer á los hombres, mejor que las Cristianas... ¿lo ha entendido usted?...

ROSARIO. Ya...

CURRITO. Con que... hasta despues. (*Váse.*)

RAFAELA. Vaya usted con Dios.

ESCENA IV.

ROSARIO.—RAFAELA.

ROSARIO. ¡Qué moscon!... ¡Es mas pesado que un trillo!...

RAFAELA. Mujer, pues á mi me parece un buen muchacho.

ROSARIO. ¿Te lo parece... eh?... Entonces te lo regalo...

RAFAELA. ¿Y quién eres tú para disponer de él?...

ROSARIO. Cuando yo te digo que te lo regalo, yo me entiendo: ¿no viene detrás de mí como un perrito?... Y de todas las noches que velamos, ¿falta una siquiera?... Luego si él me quiere, y yo no le quiero, te lo cedo.

RAFAELA. ¡Vaya que estás muy complaciente!... Falta saber si yo...

ROSARIO. ¿Tú?... no tienes por qué ocultarlo: si no estás enamorada de él, al menos lo aparentas...

RAFAELA. ¡Buenas noticias me traes!... Lo mejor es que cosas, y calles, porque cualquiera diria... que tienes celos...

ROSARIO. (*Riéndose à carcajada.*) Celos!... sí, que no tengo yo bastante con mi droguero!...

RAFAELA. Y á mi me sobra con mi escribiente.

ROSARIO. ¡Buen provecho!...

RAFAELA. Buen provecho... y callemos. (*Momentos de silencio*)

ROSARIO. ¿Quieres que hagamos una cosa que me ha ocurrido?

RAFAELA. ¿Qué cosa es esa?

ROSARIO. Vamos á salir, á esperar la música de la serenata, y la oiremos en la calle.

- RAFAELA. Bien pensado, vamos. (Así verá á mi escribientillo, que estará de fijo en la esquica aguardándome.)
- ROSARIO. Corriente. (Hablabemos dos palabras en razon mi droguero y yo, porque tengo unos celos!... Juanillo! (Gritando: aparece Juanillo en la puerta de la derecha.)
- JUANILLO. ¿Qué quereis, señora Rosario?
- ROSARIO. Mira, cuida bien de la tienda, que te dejamos solo: vamos á comprar seda.
- JUANILLO. No hay cuidado: Vayan ustedes con Dios. (Vánse Rosario y Rafaela por el foro y Juanillo por la derecha.)

ESCENA V.

Aparece doña RAIMUNDA por la puerta del foro, abanicándose y muy precipitada, seguida de don CRISPULO, PRIETO, LUIS, dos oficiales de sastrerías y las dos costureras.

RAIMUN. (Sentándose en un sillón:) ¡Qué picardia!... ¡que infamia!... ¡Cuánto bribonazo en este Madrid!... ¡Silbar la comedia de mi hijo!... ¡Tan bonita... tan bien ejecutada!... ¡Y sobre todo tan moral!... ¡en donde triunfa la virtud, y se vé escarnecido el vicio!... Por esto la han silbado!... ¡oh siglo XIX!... (Momentos de silencio: todos se quedan cabizbajos y en actitud que demuestra el mayor abatimiento.) ¡Qué iniquidad!... ¿Y no hay gobierno en Madrid que ponga coto á estos desafueros?... Si, porque ha sido un complot infernal!... ¡Todo por envidia!... ¡Y callais!... ¡Todos callais, abandonándome en este trance!... (Limpiándose las lágrimas.) ¡Tambien sois mis enemigos!... ¡Los enemigos de mi hijo Daniel!...

LUIS.
PRIETO. } (A un tiempo.) ¡Señora!...

- CRISP. Tranquilízate Raimunda; todos lo sentimos; pero no con ese extremo que tú...
- RAIMUN. ¡Eso es, tranquilízate!...
- CRISP. Sí, ¿y qué has de hacer si no?... ¿Acaso el mundo se nos viene encima por esta desgracia? Esta es la vida; y hay que conformarse con la suerte que Dios nos depara.
- RAIMUN. Yo no me puedo conformar de ningún modo.
- CRISP. Pues no tienes más remedio. Ya ves cómo yo lo llevo con paciencia... ¡Y siento esta fatalidad, porque también es hijo mío Daniel!...
- RAIMUN. Sí, ¡mucho lo sientes; pero se conoce bien poco!...
- CRISP. Mujer no tanto como tú, porque yo he dicho siempre... «ZAPATERO A TUS ZAPATOS,» y...
- RAIMUN. (*Levantándose.*) ¡Eso más!... ¡Pues ya no faltaba otra cosa!... ¡buen modo tienes de consolarme!... (*Llorando: momentos de silencio.*)
- CRISP. Vamos Raimunda, vamos, sosiégate, que si bien la desgracia ha sido muy grande, al fin y al cabo Daniel es joven todavía, y puede recobrar lo perdido...
- RAIMUN. Eso le aconsejaré, que recobre su fama de poeta escribiendo otras dos comedias más: sí, señor. ¡Esta ha sido una conjuración infernal fraguada por sus enemigos!... ¿Y lo se sabe nada del éxito de la otra comedia del teatro principal?
- CRISP. Nada: allá fué Pablo con los demás, y quizás...
- RAIMUN. ¡Dios mío!... ¿Qué incertidumbre tan cruel?... ¡Y te estás con esa calma!...
- CRISP. ¡Yo!... ¡qué he de hacer!...
- RAIMUN. Ir corriendo á ver...
- CRISP. Sí, como está tan cerca... además, ya no tardarí mucho Pablo y él...
- RAIMUN. ¡Qué hombre!... Luisito, haga usted el favor de llegarse al teatro principal, y ver allí como está el público... si está más comedido y complaciente...
- LUIS. Voy volando. (*Váse corriendo.*)

- RAIMUN. ¡Y mi hijo! ¡No habeis visto á mi hijo!
PRIETO. Sí, allí estaba entre bastidores: al empezar el alboroto le ví, y despues...
RAIMUN. ¡Eso nos faltaba!... señor Prieto, haga usted el favor de ir á buscarlo.
PRIETO. Al momento. (*Al disponerse à marchar, se presenta Daniel en la puerta del foro, en el estado del mayor abatimiento.*) Aquí está.

ESCENA VI.

DICHOS.—DANIEL.

- RAIMUN. (*Corre á abrazarlo.*) ¡Hijo mio!...
DANIEL. ¡Madre!...
RAIMUN. ¡Cuánto habrás sufrido!... (*Momentos de silencio.*
DANIEL. *Desprendiendose de los brazos de su madre y abrazando á su padre.*) ¡Querido padre!...
CRISP. ¡Dios quiera hijo mio, que esto te sirva de leccion para en lo sucesivo!...
DANIEL. ¡De leccion!... ¡Cuando ha sido una trama inicua de mis enemigos!...
RAIMUN. Eso mismo he creido yo.
DANIEL. Sí: todo lo he averiguado. Los oficiales del maestro sastre señor Bermejo, eran los que mas silbaban en las galerias: los poetas cuando empezamos, tenemos muchos enemigos; y esa es una fatalidad las mas veces, insuperable.
CRISP. ¡Y en los palcos!...
RAIMUN. Silbaban los envidiosos.
CRISP. ¡¡Y en las butacas!...
RAMUN. Los traidores, que gozan cuando se unde un autor dramático.
DANIEL. Es verdad: desengañese usted, querido padre.
CRISP. ¿Y del drama, en el otro teatro, no sabes nada?...

- DANIEL. No lo sé; me han espantado tanto los silbidos, que no he pensado en averiguar.
- RAIMUN. ¡Ah!... pues entonces estoy cierta de que allí has obtenido un triunfo completo, si no hay también alguna otra conjuración fraguada...
- DANIEL. (*Aparte.*) ¡Que impaciencia!... Yo me figuro lo mismo: dos conjuraciones, no puede ser...
- CRISP. (*Aparte.*) ¡Yo me temo lo contrario!...
- RAIMUN. ¡Cuanto tardan... Pues ya debe haberse concluido. ¡Ese Pablo tiene los pies de plomo!... Y también Luis que fué á buscarlos y no viene... ¿Qué hora es Crispulo?
- CRISP. (*Sacando el reloj.*) Las diez y media.

ESCENA VII.

DICHOS.—PABLO.—LUIS.—GONZALEZ,—TIBURCIO.—YSABEL. y dos oficiales de sastre.

- RAIMUN. (*Con ansiedad.*) ¡Pablo!... ¿que ocurre? Cómo ha salido el Drama?
- PABLO. Yo lo diré: Se undió Sanson con todos los Filisteos.
- DANIEL. Déjate de bromas, y acaba.
- PABLO. Pues Señor, acabo.—Es el caso, que la gente aquella, sin consideración alguna, viendo que usted, señorito, no estaba allí, armó el trueno mas espantoso que se ha visto en la Corte; y es claro, si usted hubiera estado con nosotros, por aquello de que *el ojo del amo engorda al caballo*, no hubiera sucedido tal cosa.
- DANIEL. ¡Santo Dios!...
- RAIMUN. ¿Es decir, que ha habido otra sublevación?...
- CRISP. ¡Bien me lo estaba temiendo!...
- DANIEL. ¡A Dios mi porvenir y mi gloria!... (*Se deja caer en un sillón.*)
- PABLO. Mire usted, señora maestra; yo no sé de cierto lo que

allí ha pasado: estos me lo han explicado ahora cuando veníamos, para casa, y yo tampoco lo he podido comprender; pero, lo contaré todo.

RAIMUN. ¡Si acabarás esta noche!...

PABLO. Yo lo contaré todo, si ustedes me dejan relatarlo á mi manera...

RAIMUN. Bien, ya te escuchamos: ¡que posma! ..

PABLO. Pues señor, empezó la primera jornada; y cuando llegó á la mitad, y dice la primera dama,—« que le dolían mucho las tripas»... empezó la gente á toser con tal fuerza, que yo digo para mí: — Será que estan todos constipados. (*señalando á Ysabel y á los demas.*)—Estos dijeron .. «¡malo!... ¡mala vá la cosa!»... Yo, si he de decir la verdad, todas aquellas toses, me parecieron productos de los frios que hacen.

RAIMUN. (*Aparte.*) ¿Y hay pacienela que lo sufra?

PABLO. Dió principio la segunda jornada; y al poco rato observé que el público seguía mas constipado que antes, porque cuando el barba mata á la segunda dama de un bastonazo, aquello parecia un hospital de enfermos del pecho: ¡qué modo de toser!... Y al caer el telon, se destacó por todo el teatro un rum rum tan descomunal, que aquello parecia así, como cuando zumba el viento en una tempestad.....

RAIMUN. Vamos á ver: ¿ y qué pasó en el tercer acto? ¡Acaba con mil diablos!... que es el acto mejor que tiene la comedia...

PABLO. A eso voy:—Comienza la tercer jornada, y allí fué troya: las toses se convirtieren en estornudos, y los estornudos en gritos... y los gritos en confusion .. (*Pausa: se remanga las mangas del frac: se abre de piernas: toma una actitud ridicula, y accionando mucho con los brazos, espresa con gestos lo que sigue explicando, como para mas hacerse comprender.*) ¡ Figúrase señora maestra y señores todos, las

olas del mar convertidas en montañas... el rugido de una tormenta al doblar el cabo de San Juan, cerca de las Islas Chafarinas;—el viento que silba y todos los elementos desencadenados en un día de borrasca: las espumas de los mares que braman al cortar la quilla de un navio surcando á todo trapo las aguas del Océano, y todo es poco para compararlo con el estruendo que se levantó en el teatro en aquel pasaje de la comedia cuando la primera dama que era antes una marquesa y despues se ha quedado pobre, dice llorando, á modo tendido,—«que se vá al rio Manzanares á lavar unos calzoncillos de su esposo el Conde de los Entruchados»...

CRISP. ¡Jesus... cuánto disparate!!...-

PABLO. ¡Qué escándalo!... ¡Qué voces!... ¡qué huracan mas desecho!... Y como usted me dijo, que cuando sintiera el menor ruido arrojára la corona, yo que en mi vida me he visto en otra, apenas observo que arrecia la tempestad, ¿qué hago? me pongo en pié, adelanto el cuerpo, y suelto la corona á la escena, gritando con todos mis pulmones,—«para el autor,» sin que me detuvieran los tirones del futraque que me daba Isabel.

RAIMUN. ¡Bárbaro!... ¡Imbécil!... ¡Tú lo has echado á perder...

PABLO. Si, señora: lo conozco todo: pues no hizo mas que caer la corona en la escena, y como si fuera una masa compacta todo el público, se levanta de sus asientos, gritando:—«fuera ese arlequin, afuera...» y sin mas acá ni mas allá, todo el mundo se puso el sombrero, sin dejar concluir la jornada, quedando desierto el patio, las galerías y hasta la ignominia; pero yo dije para mí:— está visto que aquí, *el que mas pone mas pierde, y donde las dan las toman; y ¿quién es tu enemigo?*...

CRISP. ¡Basta Pablo!... ya estamos enterados.

PABLO. Es que no he contado lo mejor,

- CRISP. Basta te he dicho, Pablo.
- RAIMUN. Déjalo que hable. Continúa.
- PABLO. ¡Que hasta me parece sonó una corneta en medio de aquella esplosion de silbidos!...
- RAIMUN. ¿Lo eyes tú Crispulo?... ¡Otra conspiracion!... ¡Si no podia ser otra cosa!... ¡Si en este Madrid hay muchos envidiosos!... ¡Una corneta!... Paes la llevaban á prevencion para tocarla, fuera buena ó mala la comedia... *(Se apoya en la butaca donde está sentado Daniel, y deja caer la cabeza sobre sus manos.)*
- CRISP. *(Aparte.)* ¡Es mucha obcecacion!... ¡Esto ya es irresistible!... *(pasea por la escena)* Se percibe en la calle, y muy inmediata, una música de guitarras, violines, bandurria, flauta y triángulo.)
- DANIEL. *(Poniéndose en pié precipitadamente.)* ¡Vive Dios!...
- PABLO. ¿Q. é es esto?...
- CRISP. ¡Pues ya no faltaba mas!...
- RAIMUN. ¡Esto es una cencerrada!... ¡Esto es un insulto!... Es una infamia!...
- PABLO. *Al asno muerto, la cebada al rabo.*
- DANIEL. ¡Cobardes!... ¡Ahora vereis!... *(Va hácia la puerta del foro, y saliéndole al encuentro D. Crispulo lo detiene.)*
- CRISP. ¿Dónde vas?... Ten mas calma y observeinos...
- PABLO. ¡Miren qué á tiempo la música!... *(Canta una voz en la calle, acompañada de los dichos instrumentos.)*

«Dos cosas hay en la córte,
que hacen hoy un gran papel:
el peluquero Si Sí,
y el poeta Don Daniel.»

(Cantan varias voces á coro.)

«Aya yay que no valen,
para la guerra.
los moritos que pierden
hasta sus tiendas.» *(Continúa la música)*

DANIEL. Dejadme salir, padre, y escarmiento á esa canalla.

CRISP. De ningun modo; Pablo, al momento, irira á ver qué gente es esa.

PABLO. ¡Yo, señor?... ¡y solo?... ¡Me van á romper una costilla!...

CRISP. ¡Tienes miedo?...

LUIS. Vamos, señor Pablo, yo le acompañaré.

GONZ. Y yo.

TIBURCIO. Vamos todos.

PRIETO. Andando.

PABLO. ¡Yo miedo?... ¡Ahora veremos!...

(Salen por la puerta del foro precipitadamente, para volver cuando se indique. Se oye una voz que vuelve á cantar

«Dos cosas hay en la córte,
que hacen hoy un gran papel;
el peluquero Sí Sí,
y el poeta.....» *(Se suspende la música.*

RAIMUN. ¡Traidores!... ¡No llevareis ahora mala felpa!...

DANIEL. *(Sentándose en la butaca.)* ¡No he visto mayor iniquidad!... ¡Esto es un sarcasmo!...

CRISP. ¡O una leccion, Daniel!... ¡Si hubieras hecho caso de los consejos de un padre!.... *(Entran de tropel por e fondo, Pablo, Luis, Gonzalez, Prieto, el Cojo, Manuel, Currito, y se ven agrupados á la puerta á Benavides, y á los músicos.)*

PABLO. No es nada, señores: el Cojo y los oficiales del taller que daban música al señorito, ignorando lo que ha ocurrido...

EL COJO. Señor maestro, nosotros no sabíamos nada, y ya se vé...

CRISP. Bien está: gracias por la atencion. Toma, Pablo. *(Sacando una moneda del bolsillo.)* Dalese ese napoleon para que beban ó nuestra salud, ya que su intencion era buena.

- EL COJO. }
MANUEL. } (A un tiempo.) ¡Muchas gracias!
BENAVID. }
- CRISP. Con que, id con Dios.
- EL COJO. Hasta luego. Vamos, muchachos.
- CRISP. Tambien podeis vosotros ir con ellos; andad. (*Vánse los músicos, Currilo, el Cojo, Benavides, Ricardo, Luis, Gonzalez, Prieto, Tiburcio y los oficiales de sastre.*)
- CRISP. Y vosotras al cuarto de la maestra, que teneis aun que velar esta noche. (*Se dirigen Isabel y las dos costureras por la izquierda.*)
- DANIEL. Menos Isabel: quedaos aquí, Isabel.
- CRISP. Bien. Quedaos.

ESCENA ULTIMA.

DOÑA RAIMUNDA.—ISABEL.—DON CRISPULO.—DANIEL.—PABLO.
Largos momentos de silencio: D. Crispulo se acerca à Daniel, que como todos, permanece en el mayor abatimiento.

- CRISP. ¡Con que ya has visto, hijo mio, el final de esta noche! desastrosa!... ¡Esta es una lecion que nos envia el cielo; á tí, Daniel, para que conozcas tu error; á ti, Raimunda, para que depongas esa loca vanidad de querer por la fuerza que nuestra familia se honre con el nombre de un poeta. (*Doña Raimunda manifiesta con sus gestos el desagrado, y Pablo hace señas con la cabeza de aprobacion.*) Y á mí, para que otra vez tenga mas firmeza de carácter, anteponiéndose á necias pretensiones, y mas resolucion para insistir en mi primera idea, que fué la de no aprobar semejante locura!...
- RAIMUN. ¿Un sermon ahora?
- CRISP. Sí; porque es indispensable para impedir la ruina de nuestro hijo, su ruina cierta, si persiste en dar gusto

á su madre, fabricando comedias como las dos representadas esta noche, dignas de la censura de un público sensato, que afortunadamente ha sabido, con su buen juicio, sepultarlas para siempre en el olvido.

DANIEL. (*Levántándose.*) ¡Querido padre!

CRISP. No nos hagamos ilusiones, Daniel: el adagio que me has citado un día, de que el poeta nace, es cierto: nace y despues se hace. Ni tú has nacido poeta, ni has estudiado para hacerte. El drama que se ha estrenado esta noche, y á cuya representacion he asistido, es detestable.

RAIMUN. ¡Solo eso me faltaba!.. En fin, Crispulo, si las comedias ó dramas representadas esta noche han tenido mal éxito, ya veremos esas otras cuatro que tiene sobre la mesa escritas, y que tú mismo has aprobado... si...

DANIEL. ¡Por Dios, Madre!...

CRISP. ¡Primero les pegaba fuego, que consentir se pusieran en escena!... Raimunda!... ¡O cedes en tu loco empeño, ó la discordia empieza desde hoy entre nosotros! ¿Aun persistes en?... Vamos, has perdido el juicio...

DANIEL. Querido padre, tranquilizaos: á mí solo me toca decidir esta cuestion.

CRISP. Tienes razon, hijo mio; pero ten presente al decidirla, los consejos que te dá un buen padre, que se interesa por tu suerte, que te desea un porvenir allagüeño, y que aspira solo á tu bien y tu felicidad; abandona esas ilusiones de poeta, y abre los ojos ante el aviso que el cielo nos envia.

DANIEL. (*Abrazándolo.*) ¡Padre mio,.. mi querido padre!... (*Pausa.*)

CRISP. ¡Así quería yo verte, sin venda en los ojos!

DANIEL. (*Operándose en él una transicion, por la que aparece sereno y tranquilo.*) Ya he visto la luz, querida

madre. y reconozco mi error: de hoy mas, hemos de ser felices; y en prueba, padre mio, de que acepto con todo mi corazon y con entusiasmo vuestros consejos, que son el producto de la esperiencia y del verdadero cariño que me profesais, ved mi decidida resolucion. (*Váse á la mesa de escribir, recoge los manuscritos que hay espereidos en ella, y los arroja al fuego de la chimenea.*) No quiero ser poeta: renuncio á la gloria y á las ilusiones que me habia forjado en mi mente: sean mis versos pasto de las llamas, y testimonio irrecusable de mi sincero arrepentimiento y del respeto que me infunden los consejos de un buen padre.

CRISP. Bien, querido hijo, bien; asi serás feliz.

DANIEL. Y para que sea mas completa la felicidad, elijo y emprendo otra nueva carrera, tan honrada como la del poeta, aunque mas humilde y modesta.

CRISP. ¿Otra nueva carrera?...

RAIMUN. ¿Cuál?

DANIEL. Otra nueva carrera, querido padre: desde hoy me dedico á aprender vuestro oficio.

CRISP. ¡Hijo mio! ¡ven que yo te abrace! (*Se abrazan.*)

RAIMUN. ¡Uff!... ¡sastre!...

DANIEL. Sí, madre: honradamente con este oficio, como honradamente con el arte de la poesía, se gana la subsistencia: el poeta como el artesano justifica la bondad y certeza de aquel testo de la sagrada escritura que dice: «*ganarás el sustento con el sudor de tu rostro.*» Uno y otro, madre mia, han de trabajar para comer. Pues bien, yo sabré proporcionar una vejez cómoda, tranquila y pacífica, á mi querido padre, sustituyendolo en el taller, y antes de dos años, yo estaré al frente del establecimiento y ya no tendrá que trabajar mas. ¿Estais contento así querido padre?

CRISP. ¡Loco de contento!...

DANIEL. ¿Y vos querida madre? ¡Reconozcamos nuestro error!...

RAIMUN. (*Después de una pausa.*) ¡Lo reconozco, hijo mío! ¡Tú me lo has mostrado con el ejemplo!...

PABLO. (*Apárte.*) ¡Mas vale tarde que nunca!...

DANIEL. Ahora, queridos padres, tratándose de nuestra completa felicidad, espero que me concedais un favor, y con él me colmais de alegría.

CRISP. ¿Cuál?

DANIEL. (*Se acerca á Isabel y tomándola de la mano, la presenta á su padre.*) Isabel y yo, hace tiempo nos amamos; y la he prometido ser su esposo. ¿Consentireis en ello? (*Pablo manifiesta su alegría restregándose las manos.*)

PABLO. ¡Pues yo lo creo!...

CRISP. Ya lo ha dicho, Pablo.

RAIMUN. ¡Qué callado lo tenias bribonazo!... Pero tú Isabel, ¿no dices nada!

ISABEL. Yo... señora...

DANIEL. Hablaré por ella: su silencio, es una reconvención que me dirige justísima, y ella me entienle... ¿no es verdad!..

ISABEL. ¡Querido Daniel!... ¡Es cierto, porque he sufrido mucho! ¡mas teneis un corazon tan noble!...

DANIEL. Y en prueba de ello, premio á tiempo tu virtud.

CRISP. ¿Y qué es eso?

DANIEL. Nada padre, cosas maestras: que esperamos nós conceda el cielo la verdadera felicidad: ¿no es cierto Isabel?

ISABEL. ¡Nos la concederá!

CRISP. No en valde lo esperéis: el hombre corre en esta vida, en pos de una felicidad que no existe, porque ambicionando, apartado de su esfera, lo que jamás alcanza, desconoce que la felicidad solo puede encontrarse en el pensamiento del hombre: es decir, solo

es feliz aquel, que se conforma con lo que Dios le depara.

DANIEL. Por eso mismo he reconocido con oportunidad mi error.

PABLO. Y por lo tanto, señorito, ahora no tengo inconveniente en seguiros cuando os caseis con Isabel; pues *no hay mal que por bien no venga*; y de todos modos, á Dios rogando y con el mazo dando; y *mas vale hombre arrepentido que testarudo...*

DANIEL. Y tan arrepentido estoy de mi extravío, que os voy á referir mi historia, recitando una fábula en donde la veo recopilada, y que recuerdo de cuando era niño.
(Pausa: se adelanta á la escena.)

«Con las plumas de un pavo,
un grajo se vistió: pomposo y bravo,
en medio de los pavos se pasea:
la manada lo advierte: le rodea:
todos le pican, burlan, y le envían
¿dónde, si ni los grajos le querían?...
¿Cuánto há que repetimos este cuento,
sin que haya en los plagiarios escarmiento?...

FIN DE LA COMEDIA.

*Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice con las supresiones hechas.—Madrid 3 de enero de 1865—
El censor de teatros.*

NARCISO S. SERRA.

NOTA. Quedan hechas las supresiones exigidas por el señor Censor.

EL AUTOR.

